

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1857. — Tomo X.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administración general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

Año 16. — N° 258.



Operaciones de salvamento despues de la catástrofe de Amberes.

SUMARIO.

La catástrofe de Amberes; grabado. — Zelina y Aben-Hamet en la batalla de la Higuera. — Segunda tentativa para botar al agua el «Leviatán»; — Teatro Lírico. Margot; grabado. — Grupo de plata regalado por la ciudad de Carlshure; grabado. — La fiesta del Tikar; grabado. — Revista de París. — Copia de la relación del terremoto y retirada del mar en Cádiz. — Costumbres americanas; grabados. — La llave de oro. — Inauguración de las fuentes de Die; grabado. — El castillo de Roch Morvan; grabados. — Los inventores; grabado. — Lazo y espada. — Boletín científico. — Exposición de bellas artes en Bruselas; grabados.

La catástrofe de Amberes.

En los primeros días del mes último ha ocurrido una desgracia que hizo numerosas víctimas y sembró el espanto en todo un barrio de la ciudad de Amberes. Fué un incendio que se declaró en el laboratorio de un armero y fabricante de cohetes, M. Verpoorten, cuyo almacén saltó lanzando á distancias enormes maderos, piedras, puertas, ventanas y muebles.

La señora de Verpoorten fué arrojada hasta la plaza de Meir, donde varias personas la levantaron y la recogieron en un estado que no permitía creer que pudiese sobrevivir á sus heridas. Todas las casas próximas quedaron demolidas ó muy deterioradas.

Los días siguientes se emplearon en sacar á los muertos de entre los escombros; sólo uno de ellos, M. Mertens, fué sacado sano y salvo. Se dió sepultura á ocho cadáveres.

ZELINA Y ABEN-HAMET

EN

LA BATALLA DE LA HIGUERA.

EPISODIO ORIENTAL.

INTRODUCCION.

Mohamed VII *al-hazari* (1) destituido del trono de Granada en 1427, recobró en 1429 con el apoyo de Don Juan II, rey de Castilla (2). Para dar á este soberano una prueba de su gratitud, luego que hubo prestado juramento en el palacio real de la Alhambra (3), dispuso que Ali Aben-Osnim pasase á la corte cristiana con ricos presentes, llevando á la vez la misión de proponer á aquel monarca una tregua de tres años y ofrecerle su cooperación en la guerra que tenía emprendida contra Aragón y Navarra. El rey Don Juan no rehusó aceptar los regalos, pero sí dió una respuesta evasiva respecto á las propuestas de paz y alianza.

No dejó Mahomed de entrever en ella siniestras miras; y aunque convencido de que su ambición no había quedado satisfecha, nunca pudo presumir que intentase romper abiertamente relaciones, puesto que la guerra encarnizada que sostenía contra los monarcas cristianos preocupaba enteramente su atención y tenía distraídas todas sus fuerzas; pero esta idea era por cierto equivocada.

Pocos días habían trascurrido cuando don Luis Gonzalez de Luna se presentó en la corte oriental reclamando las parias ofrecidas por los predecesores de Mohamed, los gastos causados por Castilla para restituirle el trono, y la libertad de todos los cautivos que hubiese en el reino. Tan inesperada pretension no pudo menos de exasperar á Haizari, quien con palabras duras, pero razonables, negóse abiertamente á tales exigencias; y aun cuando después mediaron serias contestaciones de gabinete á gabinete, no pudo arreglarse conciliación alguna. En su consecuencia Don Juan II entabló negociaciones con las cortes de Aragón y Navarra, arregló una tregua de cinco años, y mandó á sus adelantados rompiesen inmediatamente las hostilidades en la frontera.

Esta liza fué larga y sangrienta; mas en ella la fortuna favoreció al monarca granadino, quien con un grueso cuerpo de caballería á la gineta recorría los puntos mas importantes, prestaba auxilio á los caudillos que sostenían la lucha, y hacia sorpresas y emboscadas á los cristianos que se habían internado en sus dominios. Pero á la vez que la suerte le protegía por esta parte, á la vez que sus armas se ornaban de laureles, un horroroso abismo se le preparaba en Granada, el germen de la rebelión se desenvolvía de la manera mas espantosa. Sus poderosos adversarios atizaban la tea de la discordia; una facción ávida de sangre y honores cobraba vida en su ausencia, y trabajaba sin descanso para derrocarlo.

Mohamed era tirano, Mohamed debía temer.

Luego que tuvo noticia cierta de que se conspiraba contra él, dió al punto las órdenes convenientes para que se continuase la campaña con el mayor tesón, y se puso en marcha para la corte.

(1) El izquierdo.

(2) Los reyes cristianos en las continuas revueltas de los muzlimes, acostumbraban con frecuencia á prestar auxilio al partido que mas favorecía su ambición.

(3) Casa roja. Está situado este alcázar en una colina que domina la población y circunvalado de una espesa y elevada muralla, franqueada por puertas forradas de hierro. Tiene 2,690 piés castellanos de E. á O. y 730 de N. á S., pudiendo

Crítica y azarosa era por cierto la situación de Haizari; pero como buen conocedor del carácter de los muzlimes, no creyó prudente en aquellos momentos obrar contra sus enemigos; juzgó mas cuerdo correr un velo y aparentar una total ignorancia, hasta tanto que el horizonte político se despejase completamente. Presentóse en Granada, y adoptó el medio que conceptuó mas á propósito para distraer á los cortesanos y calmar su efervescencia; tal fué el de preocupar los ánimos con zambras y torneos en celebracion de los triunfos obtenidos por las armas agarenas.

Tal pensamiento, pues, era enteramente absurdo; la conjuración tenía adquiridos síntomas de la mayor importancia, y debiera conocer, puesto que había cogido algunos cabos de ella, que no era fácil calmarla por aquellos medios: las convulsiones políticas provocadas por la intriga aristocrática no pueden sofocarse sino por la mano del verdugo.

I.

EL PALACIO DE NOMSARA.

Gran concurrencia se observaba una noche del mes de mayo de 1431 en un suntuoso salon del palacio de Nomsara (1). Abul-Harram y Ben-Alí, de linaje zegri; Aben-Fanix, zayanita; Osman y Aben-Hud, almoravides; Aben-Hamet y Mohamed Gíafar, zanegas; y otros muchos jeques y guerreros de no menos valía se encontraban en aquella misteriosa reunion.

Ya la noche había mediado su carrera cuando penetró en la estancia un caballero de marcial continente, en quien todos fijaron su atención; era Gelil-ben-Geleil el Tornadizo (2).

Adelantóse hácia donde aquellos se hallaban reunidos, y — Alah-acbar — dijo; Dios es grande, y todos á la vez hicieron un profundo acatamiento cruzando los brazos sobre el pecho. Algunos momentos de silencio se siguieron, y Gelil continuó. — Hijos del profeta, fieles observadores del Islam, los manes de Mohamed VIII (3) desde su tumba reclaman terrible venganza; venganza que honren sus cenizas y su memoria. Sus deudos y sus amigos están proscritos ó arrastrando la dura cadena de la esclavitud; la familia de Abu-Said (4), décimo rey

albergarse en él 40,000 combatientes. La régia estancia construida en su parte N. O. E. con 400 pasos de longitud y 250 de latitud se alzaba majestuosa entre corpulentas torres y suntuosos palacios, cuyas almenas y plateadas cúpulas formaban el mas admirable contraste con la sombría y gigantesca arboleda de sus bosques y la esmaltada verdura de multitud de jardines situados en su circunferencia. En él se encontraban con profusion todos los elementos que demostrar podían los grandes progresos de las artes y la riqueza del pueblo mahometano. Hoy por desgracia sólo quedan algunos restos que prueban su antigua magnificencia. Merced debida al descuido de nuestro gobierno.

(1) Se conoce hoy bajo el nombre de Cuarto real de Santo Domingo. Solo existe en la actualidad una pequeña parte que conserva su antigua suntuosidad. Su arquitectura es en un todo igual á la del palacio de la Alhambra. Estaba destinado para retiro de los reyes de Granada, y en él se celebraban comunmente zambras y orgías con la mayor magnificencia.

(2) Gelil-ben-Geleil, llamado generalmente el Tornadizo, era D. Pedro Venegas, de la casa de Luque, el cual, segun algunas crónicas, fué cautivo en su infancia segun otras, dado en rehenes. Se hallaba casado con Ceti-Merier, nieta de Abu-Said, décimo rey de Granada, y hermana de Juzef Aben-Alahmar.

(3) Mohamed VIII llamado al-zaguir, *el joven*, sucedió en el trono de Granada á Mohamed VII el año de 1427 á consecuencia de un alzamiento, de cuyas resultas este quedó destronado salvando la vida con la fuga. Luego que el usurpador se hizo dueño del poder, declaróse enemigo de la noble y poderosa tribu abencerraje, decidiéndose á derramar su sangre; mas su jeque ó caudillo Juzef Aben-Zeragh y los demás de su linaje emigraron, retirándose á Illescas donde á la sazón se encontraba Don Juan II, quien les tuvo la mejor acogida. Impuesto por ellos el rey de Castilla de las circunstancias que habían mediado en la usurpacion que Mohamed había hecho del trono al Haizari y de la conducta que aquel observara, les ofreció su apoyo, y desde luego dispuso que Juzef y el alcaide de Murcia pasasen á Tunez donde se hallaba el monarca destronado. Fueron bien recibidos por Aben-Farix, quien les prometió que Mohamed VII regresaría á España. Esto se verificó al poco tiempo desembarcando en Vera con quinientos caballeros, y después pasó á Almería, en cuya plaza fué reconocido como legitimo soberano de Granada. Al-Zaguir envió tropas que lo batieron, pero la mayor parte de ellas se unieron á Haizari, el cual reunido un buen pié de ejército, se presentó ante las murallas de la corte islámica. A este tiempo Mohamed VIII había perdido todo el prestigio, y solo le permanecía adicto un corto número de cortesanos. Se retiró á la Alhambra, y su primo entró en la ciudad entre vivas y aclamaciones del pueblo. Aquella fortaleza fué asediada, y los que la custodiaban, temiendo por sus vidas, lo entregaron á Haizari, quien lo mandó decapitar inmediatamente. (Año 1429.)

(4) Abu-Said el Bermejo, de carácter déspota y absoluto, subió al trono después que decapitó á su cuñado Hismaíl II. Su reinado fué borrascoso, y al fin vino á perder las simpatías de sus vasallos; reducido á un estrecho círculo de amigos, preveía un fin funesto, y para precaver los males que le amenazaban, pasó á Sevilla acompañado de algunos caballeros y una brillante escolta, con el objeto de arreglar con Don Pedro de Castilla los medios de paz y tranquilidad en sus estados. Llevaba un considerable número de caballos árabes enjaezados á estilo oriental; primorosas armaduras; gran porcion de aljófares y joyas de imponderable valor; cajas de monedas de oro y otra multitud de alhajas que demostraban su magnificencia. Tanta ostentacion fué admirada en Sevilla y despertó la codicia del rey cruel, quien lo recibió con toda pompa, ofreciéndole ser conciliador entre él y Mohamed V, que destronado anteriormente, aspiraba á recobrar el poder; disponiendo á la vez que

de Granada, ha libado una y otra vez el amargo cáliz de su tiranía; justo será, pues, que nosotros tomemos su demanda. Las glorias de nuestras esclarecidas tribus, los laureles que hemos alcanzado en los campos de batalla, se marchitarán si por mas tiempo doblásemos la cerviz ante un enemigo declarado de nuestra paz, ante un soberano que se halla manchado con sangre real. Si á sus desmanes no oponemos un poderoso dique; si no contenemos sus injusticias, nuestros triunfos naufragarán en el piélago de la anarquía. El cristiano, antes humilde porque las convulsiones intestinas lo tenían preocupado y no osaba medir su espada con nuestras cimitarras, hoy penetra orgulloso en nuestras fronteras y derrama la sangre de nuestros hermanos; él en todo tiempo alimenta nuestras desavenencias y nuestra desunion, como causas que indudablemente aniquilan y destruyen los poderes constituidos. Los jefes de las tribus mas esclarecidas, los caballeros mas notables del reino honran esta reunion, y nuestro santo profeta la preside desde su azulado trono, esmaltado de estrellas de fuego. El penetra en nuestros corazones; y por él, por el progreso de sus dogmas religiosos, por el bien de sus hijos, proclamo ante vosotros independencia absoluta del tirano; independencia absoluta del rey Haizari. Elijamos un jefe para el Estado que cuide de nuestros intereses, que nos guie por la senda de la gloria y que abata para siempre en España á los prosélitos del Nazareno. Mi misión es política y religiosa; mis deseos el bien general. — En nombre del profeta os dirijo la palabra; si aceptais mi proposición, si en ella encontrais sinceridad, juradlo por vuestro honor, — dijo poniendo la mano sobre la empuñadura de su acero; todos hicieron igual demostracion con muestras de entusiasmo, y Gelil continuó. — Juzef Aben-Alahmar, el nieto de Abu-Said se halla proscrito; y ¿cuál mas benemérito, cuál mas digno de encargarse de los negocios del Estado que aquel guerrero noble por su sangre y por sus hazañas? Aben-Alahmar, ese caudillo que una y muchas veces ha empuñado un alfanje en defensa de la religion y de la patria, dejando tras sí en los campos de batalla la pavorosa y la muerte, es el indicado para capitanear nuestras huestes. Su nombre solo será suficiente para abatir los estandartes cristianos; y solo á su nombre todos los musulmanes rendirán respeto y obediencia. — Gelil terminó su discurso, que no pudo menos de encontrar general aceptación; todos convinieron con las ideas del Tornadizo, á quien se eligió para que en representacion de Alahmar, pasase á Córdoba donde se hallaba Don Juan II, y arreglase con él un tratado en favor de sus miras.

La reunion se disolvió.

Aben Hamet y Gíafar fueron los últimos que salieron del palacio de Nomsara; y no bien se habían retirado de él algunos pasos, una mujer cubierta con un velo negro y acompañada de una dueña, aproximase á ellos, y poniendo una mano en el hombro del zanega, — es-cúchame un momento, — le dijo con voz severa, pero en tono tan bajo que Gíafar no pudo percibir cosa alguna. Asióse del brazo y apartándose algun trecho, continuó: — He penetrado entre vosotros, me he impuesto de vuestros planes; no olvidéis que la sangre de Mohamed corre por mis venas... recuerda tus juramentos y no seas traidor y perjuro... tan abominable traicion levantaría una barrera insuperable entre Aben-Hamet y Zelina. — Terminadas estas frases, sin esperar contestacion alguna, retiróse á paso acelerado. El ismaelita quedó suspenso algunos segundos, y entre turbado y confuso volvió al paraje en que lo esperaba Gíafar, quien guardó un profundo silencio, á pesar de que no dejó de

Abu-Said y los suyos fuesen hospedados con arreglo á su gerarquía.

Hé aquí, pues, como el autor de este episodio se expresa en la Historia de Granada que ha publicado, respecto á las circunstancias ocurridas posteriormente. « Mas el soberano de Castilla abrigaba en su corazón sentimientos inhumanos, codiciosos y de venganza, hallándose decidido á faltar á las leyes hospitalarias, al seguro que debía ofrecerle la palabra de un rey, á la respetable garantía de un trono; y en fin, á la pureza que es la inseparable compañera de la buena fe y de la justicia. »

« Aposentado Abu-Said y los mas esclarecidos caballeros que le acompañaban, dispuso Pedro el Cruel que don Gutierrez Alvarez de Toledo les brindase en la misma noche de su llegada con un magnífico banquete, al que asistieron gustosos los ilustres huéspedes; mas cuando ya se estaba terminando fueron sorprendidos por Martin Gomez de Córdoba, camarero mayor de palacio, quien acompañado de fuerza armada, llevaba orden de prenderlos á todos. »

« Así se verificó, siendo conducidos á un encierro. En tanto que esto ocurría en casa del de Toledo, otros esbirros sorprendieron tambien los alojamientos de los demás que componían la escolta del soberano granadino, siendo igualmente puestos en prision. El grandioso botín que Said había llevado á Sevilla fué confiscado y recogido por orden de Pedro I, á quien tanta riqueza había despertado una codicia sin límites »

« Dos días permanecieron encerrados en las Atarazanas, de donde el rey Bermejo fué sacado con treinta y siete caballeros de los mas distinguidos, y conduciéndolos á los campos de Tablada con mofa y escarnio fueron muertos con la mayor crueldad. »

El mismo rey Pedro cubrió de mengua é ignominia su nombre y el del trono de Castilla, teniendo en sangre real su lanza, que solo debía blandirse en campos de batalla para añadir nuevos laureles á la corona que Pelayo le legara. El mismo rey Pedro alanceó al de Granada, mereciendo que en los últimos momentos le dijera — que ruin cabalgada habeis hecho en quien se fiaba de vos — prediciéndole á la vez un fin funesto.

« Después de esta sangrienta y horrorosa escena, el rey cristiano dispuso les cortasen las cabezas y se expusieron al pueblo de Sevilla, como trofeo de su iniquidad. (Año 1362). »

conocer la sorpresa que aquel incidente había causado en Hamet.

El de Venegas al siguiente día emprendió su marcha para Córdoba; tuvo una conferencia con el monarca cristiano en la que le ofreció vasallaje en nombre de su cuñado Alahmar, si le apoyaba para ocupar el trono de Granada, puesto que Mohamed VII se hallaba mal querido. El rey Don Juan, que ya tenía resuelto en consejo una expedición sobre la corte de la media-luna, dió buena acogida á las proposiciones de Juzef, asegurando á su enviado que muy pronto ondearían los estandartes de Castilla ante los baluartes de la ciudad morisca.

Tan favorable acogida fué un triunfo para el príncipe granadino, que desde luego se dispuso con los de su partido para unirse al ejército cristiano en el momento que invadiera la vega de Granada.

¡Fatal política! Mohamed VII recobró el trono en 1429 con el apoyo de Don Juan II; y este mismo soberano al trascurso de poco mas de dos años se declara enemigo suyo porque no satisfizo su ambición; protegió á un usurpador, y no lo contiene la reflexión de que para ello debía verse á torrentes la sangre cristiana. ¡Desgraciado pueblo! víctima siempre de intereses particulares, no tiene otro recurso que sufrir y callar.

II.

LA ZAMBRA.

Era una noche del mes de junio de 1431.

En el regio palacio de la Alhambra se representaba una de aquellas brillantes escenas que daban verdadera idea del gusto oriental.

El magnífico salon de Comarech (1) se hallaba sumuosamente iluminado por un considerable número de lámparas de plata, cuya luz reflectaba admirablemente en sus primorosos adornos de oro y nacar, cual reflecta el astro del día en los nevados picos de los Alpes. El patio de los Leones (2), sus templetas formadas por esbeltas y agrupadas columnas, sus cenadores, el patio de los Arrayanes (3), sus vistosas galerías; y en fin todos los principales parajes de la real casa se encontraban igualmente iluminados con variedad de colores, formando graciosos caprichos, cuyo conjunto presentaba la perspectiva mas sorprendente y maravillosa.

Multitud de surtidores arrojaban raudales de agua que prestaba agradable frescura; y su monótono murmullo contrastaba con los armoniosos ecos de cien y cien instrumentos músicos y con la algazara de la orgía. El claro y abundante néctar que se deslizaba de la elegante fuente de los Leones (4) causaba en su anchuroso mar ondas de blanca espuma; y su salpique, cual sutil aljofar, formaba en la atmósfera una bruma vaporosa, que mecida por el céfiro presentaba un trasparente matizado de colores, desprendiéndose con profusión sobre el pavimento de alabastro á manera de menuda lluvia.

El agradable aroma que exhalaban mil y mil pebeteros repartidos por todos los ámbitos del palacio y la fragancia de las flores embalsamaban el aire, respirándose por do quier aquella suave y dulce brisa que embelesa el alma y le presta nueva vida. Por último, la

(1) El salon de Comarech, llamado tambien de Embajadores porque en él se recibían á los enviados de otras naciones con todo el aparato regio, tiene 1,600 piés superficiales y 68 de elevación. A su antesala da entrada un arco que comunica con una de las galerías del patio de los Arrayanes; tiene dos alcobas formadas con arcos y columnas de estuco; el techo es de un primoroso embutido. El salon tiene nueve ventanas en igual número de alcobas, y sus adornos son de la mayor elegancia. En todo este recinto hay varias inscripciones notables, y en él fué donde el penúltimo rey de Granada dió aquella arrogante respuesta al enviado del de Castilla, cuando reclamó las pías ofrecidas por sus predecesores, diciéndole que ya en Granada no se labraba moneda, sino hierros de lanza. En la galería próxima al salon fué asesinado Hismail V en 1322 por los amores de una cautiva.

(2) Es el primero que se encuentra á la entrada que hoy está en uso. Tiene setenta y tres piés de ancho por ciento veinte y seis de largo. Está rodeado de una vistosa galería que descansa sobre ciento veinte y cuatro columnas de alabastro de diez piés de altura, colocadas en grupos formando graciosos templetas. En el interior del patio hay dos cenadores de veinte y nueve piés de altura con vistosas cúpulas caladas, inscripciones y otros adornos. El pavimento es de exquisito mármol; sus paredes adornadas de oro, plata y púrpura; y en el centro está colocada la gran fuente que le da nombre.

(3) El patio del estanque ó de los Arrayanes, podía considerarse como el centro del palacio. Tiene 12,300 piés superficiales, ó lo que es lo mismo 82 de ancho y 150 de largo. El estanque es magnífico y tiene de superficie 3,348 piés y cinco de profundidad. Dos grandes tazas de mármol lo surten de agua, y estaba dedicado para las abluciones de la servidumbre real. Tiene, así como el de los leones, dos vistosas galerías sostenidas por airoas columnas. Sus adornos son del mayor gusto con cifras y caracteres cuficos y africanos, hallándose muy repetidas las alabanzas de Dios. Son admirables los bancos de arrayan de que toma su nombre. En él recibió Mohamed III á los sublevados, que atropellando las guardias, le hicieron abdicar despues de haber maltratado á su wasir.

(4) Esta magnífica fuente de alabastro está sostenida por doce leones sobre los cuales descansa su taza inferior, y á la cual descende el agua en cascada desde la primera, en la que hay esculpida primorosamente una notable inscripción.

variedad de traje de uno y otro sexo, su elegancia, su lujo imponderable, todo, todo contribuía á que la imaginación se expandiese, remontándose al eterno edem del profeta; todo propendía á la sublime idea de que en aquel encantador recinto, en aquel recinto de voluptuosidad y deleite el amor había asentado su trono rodeado de vistosos pensiles y auras perfumadas.

Pues al paso que por todas partes se notaba una excesiva animación, aquella animación propia de la orgía; al paso que todos se hallaban entregados al placer, en el jardin de Lindaraja (1) dos personas conferenciaban misteriosamente á favor de la sombra que prestaran sus limoneros y laureles; eran Aben-Hamet y Fatima. Esta jóven y hermosa ismaelita que pertenecía á la familia de Abu-Said, se encontraba ciegamente enamorada del caudillo agareno; pero el zanega amaba con ternura á Zelina, cuya beldad estaba considerada como la primera de la corte oriental. A pesar de los extraordinarios esfuerzos que la enamorada Fatima hiciera para reprimir los progresos de su cariño, la indiferencia y la esquivéz del guerrero agareno habían atizado más y más el fuego que devorara su pecho, alimentando en él la fatal pasión de los celos, esa pasión vehemente que nos conduce hasta el mas profundo abismo. Veía en Hamet el ídolo de su amor, el ídolo de un amor frenético; en Zelina una rival detestable, que le arrebatara su felicidad y su porvenir.

En la noche á que nos referimos la casualidad y el bullicio de la Zambra le proporcionó la ocasion de una conferencia con el ismaelita en que le hizo tiernas reconvenciones; dióle quejas propias de un corazón que ama y no se ve correspondido; y en fin hizole ver con amabilidad y dulzura cuán denigrantes eran para él y para su linaje las relaciones que sostenía con una jóven por cuyas venas corría la sangre del tirano Mohamed. Aben-Hamet combatió con caballerosidad y honrosa galantería las justas reflexiones de la ismaelita; le mostró su situación, sus compromisos; revelóle secretos que en algun tanto disculpaban sus desvíos, y concluyó diciéndole que jamás él sería infiel á Zelina.

Diffícil sería pintar la situación de la bella agarena en aquellos terribles momentos. Cual rayo fugaz que aniquila y destruye cuanto encuentra en su rápida carrera, así la caballerosa repulsa del zanega desvaneció en Fatima toda esperanza, toda clase de consideración, causando en sus ideas un completo trastorno. — Está bien, ama á esa mujer que te deshonra, ámala con ternura, en tanto que ella corresponde al cariño de Almanzor, al cariño de ese abencerraje, enemigo declarado de tu estirpe; yo misma los he visto hablar una y otra vez, protegidos por las sombras de la noche, junto aquel laurel, — dijo con sonrisa nerviosa, señalando á un extremo del jardin, y desapareciendo en pos frenética y convulsiva. El desaire que sufriera de Hamet le había causado la mas dolorosa sensación; su amargura tocaba al punto mas culminante, y cual hiena que herida de aguda flecha se vuelve sedienta de sangre y de venganza contra su agresor, así la jóven granadina viéndose esquivada, abrió sus labios de coral para lanzar sobre el zanega el veneno mas activo y desgarrador; veneno producido únicamente por su despecho y creado en un arrebató de su vehemente imaginación.

Aben-Hamet quedó triste y abstraído, la vista fija en el paraje por donde Fatima desapareciera y los brazos cruzados sobre el pecho; pero un incidente fatal é inopinado lo extrajo de su abatimiento para colmo de su desgracia. Zelina que espía sus pasos, durante la conferencia entre ambos, había permanecido próxima á ellos, si bien no á la distancia necesaria para escuchar el diálogo. Aquella, luego que Fatima se hubo marchado, aproximóse lentamente, y con el corazón devorado por las mas crueles afecciones, le dijo con trémula y balbuciente voz: — ¡Ingrato! acabas de desmentir tus palabras y tus juramentos; acabas de dar una prueba de tu infidelidad y de tu inconstancia; ¡Alah lance sobre tí un rayo de su justicia y castigue tu falsía!

— ¡Mi falsía! repuso el agareno con acento terrible y amenazador, fijando sus centelleantes ojos en la jóven. — ¡Mi falsía! ¿cómo te atreves á imputarme el epíteto que tú sola mereces? ¿cómo me arguyes de falso cuando tu corazón pertenece á otro?

— ¿Qué dices? ¿á otro mi corazón?

— Sí, Almanzor te ama y tú le correspondes.

— Es una impostura.

— Aquel laurel es testigo de tus entrevistas amorosas, — dijo Aben-Hamet, señalando al que Fatima pocos momentos antes le indicara.

— ¡Oh perfidia! por tan inícuo medio pretendes coonestar tu iniquidad; sin duda en esa conferencia que acabas de tener con esa rival que abomino, habrásle ofrecido manchar mi honor y mi pureza; pero en vano, Dios penetra en mi corazón, conoce mi inocencia y él velará por mí.

— ¡Tu inocencia!!!

— Sí, lo juro por esos radiantes astros que nos observan desde el firmamento.

JOSÉ FRANCISCO DE LUQUE.

(Se concluirá.)

(1) Este jardin es una de las perspectivas mas deleitosas del palacio árabe. Entapizado de limoneros, laureles y extrañas flores, sus aromas y suave fragancia embelesan de la manera mas admirable. Tomó su nombre de Lindaraja, hija del alcaide de Málaga, y esposa de Nazir, hermano del rey Juzef.

Segunda tentativa

PARA BOTAR AL AGUA EL *Leviatan*.

Se ha ensayado segunda vez la operación de botar al agua el *Leviatan* el 19 de noviembre. Hé aquí lo que se lee en el *Times* sobre esta nueva tentativa, que ha fracasado como la primera:

« Sentimos tener que anunciar que ayer se hizo una segunda tentativa infructuosa de botar al agua el *Great-Eastern*, aunque el objeto principal era hacerle bajar unos 40 piés, porque no había suficiente agua para poner el buque á flote; pero como lo hemos dicho no pudo conseguirse.

Las causas de este fracaso pueden decirse en pocas palabras; los pilares que sostenían la base de las máquinas hidráulicas cedieron bajo la presión á que estaban sometidos, y en algunos puntos se rompieron completamente. Tambien se rompió una cadena que debía atraer el buque hacia el río, y la coincidencia de estos dos accidentes ha debido retardar la barada por algunos días y quizá por mucho tiempo. Hé aquí las causas inmediatas. Pero para hacerse mejor cargo de las circunstancias de que son resultado, es menester retroceder á la época de la primera tentativa, es decir, al 2 de noviembre.

Si M. Brunel no hubiese entonces podido detener á tiempo el buque, es cierto que se hubiera llevado á cabo la barada, que el buque hubiera sido puesto á flote, pero probablemente hubiesen tenido que deplorarse numerosas desgracias. En el momento en que el buque debía descender, el río estaba literalmente cubierto de lanchas y vapores llenos de una multitud de curiosos. Los ruegos y hasta los mandatos eran insuficientes para alejar á esta muchedumbre de la misma línea que el buque debía recorrer. Es espantoso pensar cuáles hubieran sido las consecuencias, si M. Brunel no hubiese podido sujetar todos los movimientos del buque. Si este hubiese continuado bajando y se hubiese precipitado en el río, todo lo hubiera aplastado á su paso, y la agitación misma del agua hubiera sido quizá suficiente para hacer zozobrar las lanchas y vapores, y hasta para barer á los numerosos espectadores que llenaban la ribera opuesta á una distancia de uno ó dos piés del nivel de la alta marea. Resolvióse por lo tanto guardar esta vez el mayor secreto sobre las operaciones de la barada, y no había mas allá de seis personas que estuviesen advertidas de que iba á hacerse una nueva tentativa. Por prudencia, y á fin de que nadie se apercibiese de los preparativos, se suprimieron las barcas que tiraban del buque desde la parte del río. Reforzóse la vía que el *Leviatan* debía seguir por medio de fuertes barras de hierro y se añadieron nuevas máquinas hidráulicas de mayor poder. Tales eran los cambios que habían sido sugeridos por el primer ensayo.

La base de las máquinas hidráulicas se apoyaba en una serie de fuertes pilares clavados en el suelo. Suponíase que este aparato tendría la solidez suficiente, pero naturalmente no podía tenerse de ello la debida seguridad si antes no se hacían funcionar las máquinas, lo que no podía verificarse antes de la barada. — Los últimos preparativos quedaron terminados ayer á medio día. Se había guardado tan bien el secreto que nadie de las cercanías se apercibió de ello. No había allí mas que veinte ó treinta personas, ingenieros y constructores de buques. Las ventajas de las medidas tomadas han sido tan evidentes, que es cierto que en adelante el público no será admitido á los nuevos ensayos para la barada.

Toda la gente estaba en sus puestos respectivos á medio día. Pasóse algun tiempo inspeccionando las diversas disposiciones que se habían tomado. A la una todo estaba pronto y se dió la señal para hacer jugar las máquinas hidráulicas.

Habiendo bajado la popa cuando la primera tentativa 18 pulgadas mas que la proa, se concentraron las fuerzas á este último punto. Todo el mundo, hasta los penados que trabajaban en la operación, parecía vivamente impresionado; nadie se meneaba ni decía una palabra. Observábase en silencio el terrible ensayo que se hacía, y durante algunos minutos estuvieron todos en una angustia cruel.

Algun tiempo despues dejóse oír con mayor frecuencia el ruido producido por el crujido de las piezas de madera. Todos creyeron que el buque cedía á la presión; pero no era así, y entonces pudo observarse que las estacas en que se apoyaban las máquinas no podían resistir. Continuóse sin embargo tirando y empujando. Vigas y puntales inmensos gemían y se doblaban como mimbres; pero el buque no se meneó ni siquiera el grueso de un cabello.

Al fin las máquinas cedieron hasta tal punto, que se hubo de alfojar la cadena que tiraba desde el río; pero esto era insuficiente, pues uno de los pilares del centro se rompió y otros se hundieron, de modo que hubo de renunciarse á la operación. Al propio tiempo se rompió una cadena de tres pulgadas de ancho, lo cual hubiera sido suficiente para impedir las operaciones aun cuando se hubiesen podido rehabilitar ó sustituir las estacas. Inmediatamente se pusieron manos á la obra para reparar y remediar todos los accidentes sobrevenidos. Centenares de obreros se ocupaban en traer grandes vigas que iban metiendo en sustitución de las que se habían quebrado. La gente trabajará de noche y de día, si es preciso, á fin de que todo esté dispuesto á la mayor brevedad posible, y se redoblarán las precauciones para asegurar la consistencia de los puntales y de las máquinas que hayan de emplearse.»



TEATRO LIRICO. *Margot*, ópera nueva de M. Clapissou, decoracion del segundo acto.

Grupo de plata,

COMPUESTO EN MEMORIA DEL CASAMIENTO DEL GRAN DUQUE MIGUEL DE RUSIA CON LA PRINCESA DE BADEN.

La ciudad de Carlsruhe mandó ejecutar últimamente una obra de arte que merece los honores de la reproducción por medio del dibujo. Esta obra se encuentra ya en el día en San Petersburgo: es un homenaje de la ciudad á la princesa Olga Teodorowna, princesa Cecilia de Baden, hermana del gran duque, con motivo de su matrimonio con el gran duque Miguel de Rusia, hermano del emperador Alejandro. Es la composición de gusto enteramente alemán, es debido á dos artistas distinguidos: M. Bayer, autor del modelo en yeso, y M. Bauer, que hizo sus esculturas con una riqueza de forma muy bien entendida.

El asunto es este: un jinete con el traje de un caballero de la edad media, está montado en su caballo de guerra con su futura esposa que se lleva bajo la guarda de dos ángeles que le acompañan uno á cada lado. Estas palabras del salmista dan á esa especie de rapto su significación verdadera: « El Señor dió orden á sus ángeles de conservaros en el camino de vuestra vida. »

El pedestal que sostiene este grupo está adornado con ricas y brillantes esculturas. Por un lado (el que reproducimos) figuras alegóricas muestran genios llorando la marcha de la princesa, el tesoro de su patria; por el otro es la alegría, el triunfo manifestándose con todas



Grupo de plata regalado por la ciudad de Carlsruhe á la princesa Cecilia de Baden.

sus demostraciones románticas entre otro grupo de genios que reciben á su príncipe y á la augusta desposada al sonido de instrumentos fantásticos. Es todo un poema que sería fácil escribir, y que recibe todos los tonos desde la nota heroica hasta la coplilla alegre del epitalamio.

O hymenæ, hymen.

Hemos podido ver esta obra tan ingeniosa, tan noblemente compuesta y tan digna de su real destino, en los talleres de M. Christoffe en Paris, á quien los artistas de Carlsruhe y los promotores de esa ofrenda han querido confiar el cuidado de reproducirla en plata maciza, tarea que el hábil fundidor ha sabido llenar con la superioridad que le distingue.

LA FIESTA del Tikar EN AFRICA.

La tribu de los Beni - Mellikench, una de las mas fuertes y belicosas de la grande Kabalia, ocupa una parte de los contrafuertes meridionales del Djurjura.

Siempre rebelde, no ha consentido en rendirse sino cuando toda la confederación caía á los golpes de las armas francesas.

Ahora convencidos de su inferioridad, acuden á los vencedores sin temor de ninguna especie, y últimamente han demostrado sus buenas intenciones ofreciendo al general *Nesmes-Desmarets* el espectáculo interesante y original del *Tikar*, fiesta que se hace para recoger los higos.

Entre el Ued-Sa-

hel y la falda de las montañas en el centro de un hermoso olivar, un grupo inmenso de kabilas formados en círculo, esperaba impacientemente que comenzaran los juegos. Un recinto estrecho formado por algunos troncos de árboles limitaba una arena improvisada.

La llegada del general que mandaba la subdivisión seguido de su estado mayor, fué saludada por la flauta acompañada del tanton tradicional. Luego se ensanchó el círculo, y quedó limpio en un instante el puesto de honor bajo un árbol cargado de curiosos.

Primero un viejo atleta desnudo hasta la cintura, arengó á la muchedumbre é invitó á los jóvenes á la lucha dando palmadas é imitando por sus actitudes las peripecias del combate.

Hubo que esperar mucho; la presencia del gran jefe francés imponía á los mas atrevidos por el temor de una derrota; pero el general los tranquilizó con algunas buenas palabras, y en breve dos moros de diez y ocho á veinte años se lanzaron en la arena con los ojos amenazadores y los músculos tendidos.

Principió la lucha. « En presencia de un pueblo, dice un oficial francés testigo de esta fiesta, cuyas relaciones con nosotros habian sido muy accidentales, esperábamos una lucha algo elemental, pero no fue así; los adversarios despues de haber dado una vuelta por la arena cogidos de la mano, se pararon de repente, cayendo sobre sí mismos y se dieron dos patadas furiosas.

El uno pudo evitar el golpe y respondió con la otra pierna con tal vigor, que su antagonista á quien alcanzó en medio del pecho fué lanzado en medio de la asistencia.

Sin embargo, se levantó con la rabia pintada en las facciones y quiso volver á empezar; pero el viejo juez se interpuso, contuvo á los dos hombres con sus brazos vigorosos y les obligó á besarse y á dejar la arena.

Otros varios atletas se midieron despues causando nuestra admiracion por la flexibilidad y el vigor de sus miembros.

El aspecto de esa escena era pintoresco hasta lo sumo. Aquellos hombres medio desnudos con la cabeza enteramente afeitada arrastrándose como panteras, torciéndose como serpientes, rugiendo co-

Fiesta del Tikar, dada al general francés M. Nesmes-Desmarets, por los Beni-Mellikench.



no tigres, aquellos hombres, repito, estaban verdaderamente admirables. Los salvajes Beni-Mellikench, tribu libre y rebelde desde la invasion romana en Africa, se combaten con los pies de una manera que no por ser original, acusa menos estudio y menos arte.

Dos cheiks no se desdijeron de tomar parte en la lucha, y uno de ellos Mohamed-ben-Hadj, llamado el invencible, alcanzó muchos triunfos.

El general Desmarests manifestó su contento con una alocucion que fué recibida con gritos de alegría: ofreció un buey al vencedor de los vencedores, y autorizó a la concurrencia kabila para que tomara parte en el festin que habia dispuesto para ello. Cerca de cien platos de cuscusú con enormes trozos de carnero fueron otros tantos premios de una lucha nueva.»

Revista de París.

El año último se estrenó en el teatro Italiano de París una de las óperas de Verdi que mas boga han alcanzado en distintos países del mundo, la «Traviata.» Su ejecucion tuvo un aliciente que pareció debia ensalzar la obra, cual fué el desempeño de la parte principal por una artista nueva en París, María Piccolomini, que segun los italianos no tiene rival en ese papel interesante. La Piccolomini llegó á París precedida de una fama inmensa conquistada en toda Italia, y salió al teatro sin dudar un punto de la confirmacion de esa fama brillante por parte de los parisienses. Pero justamente el mundo artístico de París forma empeño en protestar contra los fallos extranjeros; esto es de regla; para que un artista alcance triunfos aquí, se ha de presentar sin reputacion y sin pretensiones. De otro modo el fiasco es seguro, inevitable.

La Piccolomini fué víctima pues de esa soberanía que París se atribuye, y á fin de que fuese completo el descalabro, no solo dejó de gustar ella, sino que disgustó con ella la «Traviata.» Dos injusticias á la vez: la Piccolomini es una artista de medios limitados seguramente, pero que sabe aprovecharlos; canta con brio y con arte, y la «Traviata» es la ópera en que á nuestro entender Verdi ha mostrado mas sobriedad de efectos estrepitosos y mas sencillez en las melodías, cosas no poco apreciadas cuando se trata de las obras de este maestro, que pecan por excesos de una naturaleza contraria.

Noches pasadas se puso nuevamente en escena la «Traviata.» y este año el papel de Violetta ha sido ejecutado por la Saint-Urbain, artista que, aunque francesa, ha aprendido el canto en el país de los cantantes. La Saint-Urbain habia obtenido ya aplausos en «Rigoletto,» y con el mismo favor ha sido recibida en la «Traviata.» Su voz es simpática, su figura agradable, y canta con cierto buen gusto las arias de Verdi, que por lo comun solo exigen fuerza de pulmones. La Saint-Urbain principia ahora, y nos parece que seria temerario aventurar sobre ella un juicio definitivo; sin embargo, creemos que las dotes que manifiesta ya, prometen una cantatriz de mérito.

En la temporada actual lleva el peso del repertorio la Steffenone, bien conocida de muchos de nuestros lectores americanos. Sin duda sus facultades no son las mismas que cuando cantaba en la Habana y en Méjico, pero el talento en los grandes artistas deja siempre residuos que son con frecuencia preferibles al vigor de los principiantes. La Steffenone es un ejemplo de esto; en el «Trovador» y en «Lucrezia Borgia» la hemos oido piezas que el público aplaudió con alegría.

En la «Lucrezia» ejecutó la parte de tenor un compatriota nuestro, el señor Belart, que ha trabajado ya en varios teatros de España y de Italia. Distinguese el señor Belart por una agilidad en la voz que debe lucir mas en los cantos de sentimiento que en los de fuerza; nos han asegurado que la «Somnambula» es su ópera; en cuanto á la «Lucrezia» parece demasiado fuerte para él. De todos modos el señor Belart ha sido bien acogido en París, donde se estrenó con la «Cenerentola,» que sin duda está mas en sus facultades.

Por lo que toca á los demás artistas de la compañía diremos que Graziani sigue ganando terreno cada día; Mario continúa siendo el hechizo de las damas parisienses, y la Alboni es lo que ha sido siempre, la perfeccion en el arte del canto. En algunos de sus papeles la hemos visto reemplazada por la Nantier Didier que se ha hecho aplaudir en ellos, lo que no dice poco en su elogio. En suma, las óperas que se han dado hasta hoy en los Italianos han obtenido generalmente un éxito favorable. Esperamos las novedades anunciadas.

Existe en París en el barrio de los estudiantes una fonda de cinco pisos donde se reúnen aquellos alumnos de la escuela de Medicina que prefieren el café y el baile al estudio de la ciencia de Hipócrates. El prólogo de la historia que vamos á contar pasaba en este albergue estudiantil hace cinco años. Por ese tiempo habia llegado á París un jóven á quien llamaremos simplemente Anatolio, que apenas hospedado en la casa susodicha, trabó amistad con uno de esos estudiantes sempiternos que pasan diez y ocho ó veinte años cursando medicina sin llegar jamás al fin de la carrera. Este amigo, Fernando de S..., se dió tan buena maña para poner al corriente á Anatolio de los usos y costumbres del país latino, que al cabo de poco tiempo el recién llegado habia consumido cuanto traía.

Para todo en este mundo se necesita vocacion; Anatolio comprendió al instante cuál era el porvenir que le esperaba con aquel género de existencia, que por lo demás era muy poco de su gusto, y aunque sin romper las amistades con Fernando, se consagró enteramente á la medicina.

Una noche nuestro estudioso jóven se encontraba en su

cuarto solo con sus libros, cuando vino á distraerle el canto de una voz angelical acompañada de sonidos que parecían de un instrumento celeste. Anatolio se quedó petrificado; un estremecimiento hasta entonces desconocido se apoderó de todo su ser, y contuvo su aliento en la esperanza de que iba á continuar cantando la criatura divina que le habia hechizado de aquel modo. Pero no fué así; la cantinela se habia concluido.

A la otra mañana, anhelando saber quién habitaba á su lado, Anatolio interrogó á un mozo de la fonda.

— Juan, le dijo, tengo que darte una gratificación.

— ¿Y porqué? exclamó el criado con sorpresa.

— Por tus buenos servicios.

Nunca le habia servido en nada; pero una introduccion de esta naturaleza vence muchos escrúpulos.

— Toma cinco francos, continuó Anatolio, y siéntate aquí, hablaremos.

Juan dió las gracias quitándose la gorra, y esperó las preguntas.

— ¿En qué consiste que la casa se encuentra tan silenciosa y desierta desde hace algunos dias? No se oye ningun ruido.

— Es que los estudiantes están de vacaciones, y los huéspedes que nos quedan no son bulliciosos.

— Sin embargo, esta noche he oido cantar en el cuarto que está sobre el mio.

— Me extraña, pues la persona que le tiene no ha dormido aquí.

— Me habré engañado; era quizá mi vecino que...

— ¡Oh! no señor; ocupan el aposento contiguo al de Vd. un caballero anciano y una jóven... que creo que es su hija.

Este creio pronunciado con cierta reticencia despertó en Anatolio un mal pensamiento, que felizmente se desvaneció con estas otras palabras:

— Sí, prosiguió Juan, estoy seguro de que es su hija, pues recuerdo que está escrito así en el registro de la fonda.

Anatolio lanzó un suspiro de gozo.

— ¿Deben ser de alguna provincia? preguntó.

— Sin duda; de todos modos no he visto gente mas misteriosa.

— ¡Ah! exclamó Anatolio como asombrándose; ¿y porqué esos misterios?

— Lo ignoro; sé que todas las mañanas á las diez un coche viene á buscarlos y se los lleva velozmente.

— ¿A dónde?

— No ha llegado todavía á mi noticia.

Anatolio miró su reloj que señalaba las diez menos cuarto.

— ¿Y sabes su nombre?

Juan no contestó, pero su sonrisa puso en evidencia que habian comprado su discrecion mas caro que él pagaba su curiosidad.

Se levantó, y el mozo le dió este consejo:

— Si quereis verlos van á salir dentro de un instante, el coche les espera á la puerta.

— Pues anda á buscarme pronto un cabriolé.

— No hay tiempo... están para bajar.

— Anda de prisa, dijo Anatolio empujándole por la escalera.

Efectivamente, los vecinos se disponian á salir; Anatolio corrió á vestirse, y antes de que aquellos hubiesen bajado, se encontraba ya en su cabriolé dando orden al cochero de seguir el carruaje que le designaba.

El estudiante iba á contemplar por fin á la jóven objeto de su sueño, á quien prestaba una forma y un rostro que los ángeles habrian envidiado.

El cabriolé dió media vuelta, y Anatolio no pudo ver á la jóven cuando subia; pero sí distinguió su rostro á la portezuela: la realidad era superior á la ficcion. El enamorado se sentia arrebatado al quinto cielo.

El carruaje de Anatolio habia atravesado ya muchas calles en seguimiento del de la jóven, cuando al pasar por una encrucijada obstruida por la gente, el último se perdió de vista. No hubo mas remedio que volver á la fonda.

Este accidente puso al jóven de muy mal humor, y habia pasado algunas horas lamentando su infortunio, cuando un ruido de pasos vino á sacarle de su entorpecimiento; era ella que volvía.

Mientras llegaba la hora en que pudiese oirla nuevamente, entregándose á todas las ilusiones de un prólogo de amor, tomó la pluma y escribió una declaracion poética.

Fernando le sorprendió en el fuego de su composicion; pero él no le habia visto ni oido, su delirio amoroso le aislaba completamente del mundo exterior.

Su amigo le amonestó seriamente por su pasion hácia una mujer que al otro dia debia salir de la casa, quizá para no volver nunca.

— ¿Qué dices? ¡Es imposible! exclamó Anatolio con fuerza.

— Yo te aseguro que es verdad, contestó Fernando.

Esta noticia fué un golpe cruel. Fernando indiferente por todo lo que veia en su derredor, se hallaba al corriente de lo que pasaba, y él que habria dado la mitad de su existencia por conocer un dia de la existencia de la jóven, ignoraba hasta sus acciones mas sencillas. La convicción de Fernando trastornó enteramente su cabeza; los celos se apoderaron de Anatolio que perdía su primera ilusion amorosa.

Sin embargo, por la noche tomó los versos que habia compuesto y los introdujo con precaucion bajo la puerta de su vecina: una persona se llegó á recogerlos, y el ruido de un papel desgarrado le hizo comprender la suerte que habia tenido su mensaje.

Anatolio cayó enfermo y estuvo en la cama ocho dias durante los cuales Fernando no se movió de su lado.

Al otro dia aquella mujer dejaba la fonda para siempre.

Un año habia pasado y Anatolio pensaba siempre en ella.

Fernando quiso hablarle una vez de su tormento, y como si fuera á revelar una desgracia, estudiaba ya el efecto de sus palabras en el rostro de Anatolio.

— La he vuelto á ver, le dijo.

— ¿A quién?

— A la que has amado durante dos dias.

El jóven estudiante enmudeció; su amigo repuso:

— ¿Me figuro que ya no piensas más en ella?

— No, contestó Anatolio; — pero mentía.

— Entonces sin ningun temor puedo descubrirte un secreto que he guardado hasta hoy solo por tu bien.

— Habla, amigo mio.

— Ya sabes que por fin me he decidido á estudiar y he entrado de practicante en el establecimiento ortopédico del doctor B...

— Lo sé.

— Pues bien, amigo mio, en esa casa he visto á la mujer ó mas bien á la niña que amabas locamente. ¡Qué desengaño, Anatolio!

— Prosigue.

— Es jorobada.

— ¿De veras?

— Sí, amigo mio, es jorobada, repitió Fernando riendo.

— ¡He amado á una jorobada! decia Anatolio, y pensaba en los versos que la habia escrito, donde la daba todos los encantos plásticos de una Venus griega.

— Sin embargo, repuso el descubridor de la pobre enferma, su deformidad no estaba bastante desarrollada para que la ciencia ayudada por la naturaleza no la puedan vencer.

— ¡Oh felicidad! exclamó Anatolio con entusiasmo.

— ¿Volvemos á las andadas?

— Déjame verla un solo instante.

— No puede ser, respondió con sequedad Fernando; está invisible para todo el mundo extraño al establecimiento.

Estas últimas palabras pronunciadas con un acento inusitado, despertaron en el alma de Anatolio aquellas sospechas y aquellos celos que ya habia sentido antes. Desde aquel dia rompió sus relaciones con su amigo, y en efecto mas tarde supo que sus juicios fueron acertados.

Durante cinco años Anatolio trabajó con ardor en su porvenir, y hace seis meses volvió al seno de su familia con la recompensa de sus estudios, el diploma de médico.

Pocos dias despues de su llegada á la capital de provincia donde aquella reside, le llamaron para cuidar á una señorita, y cuál no seria su asombro al reconocer en ella aquella criatura divina que no se habia apartado un punto de su memoria.

— ¿Qué padece Vd.? la preguntó afectuosamente.

La jóven clavó en el facultativo una mirada interesante.

— ¿Mis pocos años la hacen á Vd. recelar de mi ciencia?

— ¡Oh! no, contestó la jóven; tengo el presentimiento de mi muerte próxima, pero antes debo confesar á un facultativo lo que me abre el sepulcro, porque así lo quieren mis padres.

— Hable Vd., la escucho.

La jóven entró en una relacion detallada de todos los acontecimientos de su vida.

— Desde niña, le dijo, me ha gustado leer, y puedo decir que conozco todo lo principal que ha producido la literatura contemporánea. Mi imaginacion se exaltaba leyendo las novelas de los autores de nombrada; las ficciones se convertian en verdades para mí, y andaba en mi cerebro todo un mundo cuya realidad en vano buscaba en mi derredor. En una palabra, me habia forjado un ser que debia amarme con un alma superior capaz de comprender la mia. Al cumplir los diez y seis años, un accidente terrible estuvo para costarme caro, y exigí que hiciera con mi padre un viaje á París. En efecto, llegamos á la capital y nos apeamos en la fonda de... que mi padre conocía. Una noche estaba yo estudiando al piano cuando deslizaron un billete por debajo de la puerta; mi padre le tomó y le desgarró al punto, pero yo recogí los pedazos cuando me quedé sola, y reuniéndolos como pude, conseguí leer aquel billete que era una declaracion en verso. Desde entonces conservo el papel, y aunque sin conocer á su autor, mi imaginacion febril ha creído adivinar en el desconocido al ser que buscaba y que me ocupa aun en este momento supremo. Sé muy bien, doctor, que esta causa que señalo á la enfermedad que me consume, debe parecer á Vd. ridícula; pero antes, ¿no podría Vd. explicarme cómo sucede que ame yo á una persona que nunca he visto?

— Daré á Vd. todas esas explicaciones cuando tenga Vd. la cabeza en estado de poder apreciar mis raciocinios. Entre tanto diré á Vd. que no se halla tan enferma como cree. Esa persona que Vd. ama, existe.

— ¿Qué dice Vd.?

— Yo la conozco.

— ¡Dios mio!

— Además ha conservado por Vd. ese sentimiento inaplicable, y si no se declara abiertamente es porque teme una reaccion demasiado viva que podría traer funestos resultados.

— No obstante...

— Si Vd. me promete ser razonable, mañana mismo vendrá á pedir su mano, y cuando su padre de Vd. conozca la causa de su enfermedad, no se negará á salvar á su única hija.

— Doctor, no puedo creer lo que Vd. me dice... pero sí, sí... Me siento mejor, recobro la vida... Mire Vd.

Y tomando la mano de Anatolio, la estrechó convulsivamente.

— ¡Prudencia! la dijo el facultativo, y antes de quince dias disfrutará Vd. de una cabal salud.

— Dios lo haga... en Vd. confío... Ignoro cómo reconoceré á la persona...

— Muy fácilmente. El que la ama á Vd. sabrá repetir esos versos que han sido un secreto entre Vd. y él.

— ¡Gracias, gracias!

El doctor habia pronosticado con acierto; cada día la joven se reanimaba, y cuando ya se encontró fuera de peligro, Anatolio se explicó con su padre M. de X..., quien le concedió gustoso la mano de su hija.

MARIANO URRABIETA.

Copia

DE LA RELACION DEL TERREMOTO Y RETIRADA DEL MAR, ACAECIDOS EN CÁDIZ, SÁBADO 1º DE NOVIEMBRE DE 1775, COMPUESTA POR UN JESUITA Y PUBLICADA POCOS DIAS DESPUES DE HABERSE VISTO ESTA CIUDAD EN TRANCE TAN ESPANTOSO.

(Conclusion).

Por la parte de Puerta de Tierra en la playa de Santa María, como media legua de las peñas se notó otra reventación, remolino ó formación de olas, poco menor que la de la banda de Poniente de San Sebastian. Se juntaron los mares por el Arrecife, que casi queda destruido todo desde las peñas en adelante, en donde cogió primera y segunda ola. A los que huyendo de Cadiz buscaban su asilo en la Isla, raro escapó de la muerte. Muchos cargueros, muchos pasajeros voluntarios y muchos de los traficantes, se cree bien crecido el número de los que así perecieron en este sitio. Algunos cadáveres se han hallado y traído á Cádiz y otros á la Isla, se buscan mas por la caridad; pero la resaca de ambos mares los habrá extraído, y aunque parezcan pocos, siempre estaremos en que se ahogaron muchos hombres y mujeres, caballos, etc.

Por el husillo de Puerto-Chico entró el agua á la calle de San Juan y al callejon de los Descalzos, sin daño alguno.

No sé decir, porque no lo pude notar, cuánto tiempo gastaba el mar en retirarse y en retroceder en los primeros movimientos: por lo que observé despues creo que el tiempo que gastaba el mar en retirarse sería como 12 ó mas minutos, y en el retrogreso á 4 minutos menos.

Despues de medio dia observé, que gastaba 9 en ir y 7 en volver, yendo cada vez á menos; durando este alterado movimiento el espacio de 20 horas; esto es, desde las once del sábado hasta las siete del domingo por la mañana, en que ya eran casi imperceptibles.

En la segunda y tercera retirada se observó de bajar como media legua, y despues decreció mucho en esto.

Los padres de Santo Domingo expusieron al público la imagen de la santísima Virgen del Rosario en su pórtico vuelto el rostro á la bahía.

Salieron de orden del señor provisor los rosarios aquella tarde y noche, y ciertamente con devocion. Tan buen predicador, como son, terremoto y retirada del mar, han hecho un admirable fruto. Dios quiera se conserven en los gaditanos los buenos propósitos que han concebido.

El nuevo excelentísimo señor gobernador don Antonio Azlor ha manifestado su celo y conducta: acordó las murallas con soldados, y aun dicen, que noticioso de lo que acaecía, mandó que ninguno saliese por la Puerta de Tierra.

Añaden que de prevención dejó dispuesto en las plazas y otros sitios, barriles de alquitran, y hachas de viento, por si hubiese alguna novedad la noche del sábado, para que iluminasen las calles, y no se anduviese á ciegas, en caso de repetirse el terremoto, manteniéndose dicho excelentísimo señor sin desnudarse esa noche, y un caballo prevenido para hallarse pronto personalmente á cualquier suceso.

Esto es lo que me ha parecido digno de nota, lo demás tiene mucho de vulgo.

El Sr. Ilmo. estaba en este tristísimo dia en Puerto-Real, y al siguiente vino á Cádiz; y á pié con pocos de su familia, se encaminó desde el muelle á la iglesia de N. P. Santo Domingo, y seguido de mucha gente, hizo devotísima oracion al milagroso simulacro de la santísima Virgen del Rosario.

El dia martes publicó Su Ilma. un edicto, propio de su piedad, exhortando á sus fieles al temor santo del Señor, al abandono de las profanidades, galas y diversiones, á penitencia, á reconocimiento del singularísimo beneficio de no haber sido desolados como merecian nuestras culpas. Intimó el ayuno del dia miércoles que con religion ha observado el pueblo.

Convidó á todos para que asistiesen á una procesion general de rogativa, que efectivamente se hizo el mismo dia por la tarde. Aseguro á Vd. sacaba las lágrimas al corazon mas duro, cual es el mio, al ver tan inmenso pueblo procesionalmente compuesto, devoto, silencioso y santo.

Componíase esta procesion de todas las comunidades, rosarios, congregaciones y de los dos cabildos; y en una palabra, todo el pueblo. Las dos bellas estatuas de nuestros patronos Servando y German, y la insigne reliquia del Lignum Crucis, se llevaron en la procesion, que se dirigió de orden del señor obispo á la hermosa iglesia de los reverendos padres de Santo Domingo, en la que estaba expuesta sobremanera hermosa y riquísimamente adornada la imagen de Nuestra Señora del Rosario, la que no se podia mirar sin rebotar de nuestros corazones á los ojos la piedad, la devocion y ternura.

Jueves por la mañana con la mayor solemnidad, se han dado gracias con el *Te Deum* en la santa iglesia, con asistencia de inmensa gente.

Dios que por su infinita misericordia ha atendido á nuestros buenos propósitos, suspendiendo el impulso de su brazo, que nos amenazaba con el último exterminio, haga que sean eficaces en todos los de esta ciudad sus auxilios, para que se viva como se debe: y guarde á Vd. como le suplica su fiel y verdadero amigo, etc. Cádiz 6 de noviembre de 1755.

A mas de esta relacion se conservan algunas escritas en verso. Su valor literario es ninguno. Sin embargo, en gracia de la curiosidad de algunas noticias que contienen, vamos á trasladar aquí algunos fragmentos con objeto de completar el cuadro histórico de aquel espantoso suceso.

José Espinosa Ortiz, natural de Huelva, compuso dos romances, descriptivos del terremoto del 1º de noviembre. Despues de hacer una larga invocacion á Nuestra Señora del Rosario, y ensalzar las excelencias de esta ciudad, dice el autor:

En dicho dia á las nueve
Dè la mañana sería
Poco mas ó poco menos
Se vió el cielo apacible,
Serenado el sol á un tiempo,
Sin saber de qué manera
Enojado Dios Supremo
Nos dió un gran temblor de tierra
Que capillas y conventos
Con la Santa Catedral,
Los castillos en su esfuerzo,
Murallas y baluartes,
Edificios los mas recios,
Casas las mas potentadas,
Ricos, nobles y plebeyos,
Sin que nadie se reserve,
Todos temblaron sus cuerpos.
Las torres mas empinadas
Querian venirse al suelo:
En Señor Santo Domingo
Cayó la cruz sin remedio
De la torre que celebra
Este sagrado convento.
Del Señor San Juan de Dios
La torre muchos la vieron
En peligro; mas libróla
El alto Dios de los cielos
Por la caridad tan grande
Que hacen con pobres enfermos.
Una casa principal
De un muy noble caballero
En plaza de San Martin
De lo mas alto hasta el suelo
Cayeron catorce cantos:
Nadie se agravió con ellos.

Junto á la Pescadería
A otra casa le pusieron
Puntales, porque quedó
Casi de venirse al suelo.
Es sin número las tejas
Que en todo el famoso pueblo
Por partes fueron caídas
Sin agraviar en un pelo.
Abandonaron sus casas
Todo vecino y saliendo
Con el rosario en la mano
Con gran devocion siguieron
Unos á Santa María
Y otros á los conventos.

Viendo á mi Dios enojado
Las aguas entraron dentro
Por el barrio de la Viña
Donde derribó primero
Gran parte de la muralla:
Del baluarte lo mismo.

Paso al muelle á referir
Otro estrago y no pequeño,
Pues de cuanto en él estaba
Se perdió en un breve tiempo,
Vinos, lora, cal, ladrillo,
Frutas, verduras, piperos,
Bodegones y aguaduchos
Todo en el foso traspuesto:
La casilla derribada
Con cuatro ó cinco agujeros
Adonde estaba la lora,
Una mujer y un chicuelo
No saben por donde han ido
Aquesos míseros cuerpos.
Paso á la Puerta de Tierra:
Digo cómo un caballero
Del orden de Santiago
Que es nuestro patron guerrero
Capitan de infantería

Del lucido regimiento
De Soria, el cual se llama
Señor don Manuel Boneo
En esta puerta de guardia
Estaba este dia mesmo.
Juntas, dispuso al momento
Ponerse sobre las armas
Valiente, noble y discreto,
Mandó calar bayoneta
Y dió su orden diciendo
Que ninguno salga fuera
Todo el mundo venga dentro.
En esto llegó la orden
Del muy noble caballero
Excelentísimo Señor
Gobernador de este pueblo,
Expresando aquel lo mismo
Que ejecutó el caballero.

Antes de cerrar la puerta
Unos nobles caballeros
En un coche y dos calesas,
Los señores fenecieron,
Los cocheros y las mulas,
Solo se escapó un mancebo.

Cuanto los mares cogió
Todos fueron esqueletos.
Por diferentes parajes
Con noble y cristiano celo
Va la santa caridad
Recogiendo cuerpos muertos
De hombres, niños y mujeres
Para hacerlos el entierro.
Puntal, Carraca y el Caño
Que llaman del Trocadero
Ha sido todo anegado,
La Matogorda lo mesmo.
Fuerte Luis y la Puente
Las aguas le entraron dentro.
Vuelvo á la ciudad: diré
Como del sacro convento
Del Señor Santo Domingo
De Guzman y Caballeros
En punto de una del dia
Sacaron el Sacramento
Y á la Virgen del Rosario.
Los padres con grande celo
Encima de la muralla
Conjuran al mar soberbio.

El Santísimo Rosario
A esta hora del convento
Salió por todas las calles,
Plazas y esquinas, pidiendo
En alabanzas divinas
A la Emperatriz del cielo
Nos libre de los peligros
Y de malos pensamientos.
En justa predicacion
Se retiró á su convento,
Y los padres jesuitas
Con su doctrina vinieron
San Francisco y Capuchinos,
Carmelitas y San Diego
Y los Padres Mercenarios,
Con los rosarios vinieron
Por las calles y las plazas,
Como doctos y discretos
Predicando en altas voces
Palabras del Evangelio.

En aquella misma noche
Volvió á salir del convento
Del Señor Santo Domingo
El Rosario, y vino en medio
Esta Divina Señora,
Quien no se fue á su convento
Hasta las diez de la noche
Poco mas ó poco menos.

Como se ve, este romance está escrito en malos versos y peor lenguaje; pero da algunos curiosos detalles de aquel suceso, y por eso lo hemos extractado en obsequio de nuestros lectores.

La municipalidad gaditana mandó erigir enfrente del Hospicio una columna triunfal á Nuestra Señora del Rosario, acuerdo del que disintieron varios regidores, que querian además hacerlo extensivo al voto de que jamás hubiese funciones teatrales en Cádiz.

Costumbres americanas.

La juventud que tiene á un tiempo tanta confianza y tanta desconfianza en sí misma, la juventud es la edad susceptible por excelencia. El entusiasmo y la timidez



Broadway en Nueva York antes de la mañana. — Comerciantes yendo á sus despachos.

no corren parejas con la ironía. Mas tarde el ardor se calma con la experiencia y la pérdida de muchas ilusiones nos predispone también á ello. Esto es tan aplicable á los pueblos como á los individuos. La nación americana se ha distinguido cual ninguna en su susceptibilidad hacia los viajeros que se chancaron ó criticaron sus costumbres. Díganlo si no mistress Trollope y Carlos Dickens que dió rienda suelta á su *humour* en sus *American notes for general circulation*. En vano hizo reservas y distinciones. Cuando se pisa el suelo de los Estados Unidos se pasa al estado de huésped, y el hablar mal de las personas que á uno le reciben en su casa es violar las leyes de la hospitalidad, es una ingratitude, es una traición, esto no obstante, que la tal hospitalidad cuesta el dinero. De aquí resulta que cuantas mas observaciones se recogen, mas se renuncia al derecho de criticar, y por haber desconocido la fuerza de este razonamiento, Carlos Dickens ha perdido en los Estados Unidos una parte de la popularidad que su talento debería asegurarle en todos los paises.



Muchachos pidiendo limosna.

No sin estremarnos pues, hemos recibido la misión escabrosa de rodear con algunas explicaciones los dibujos de un jóven viajero de buen humor, que en la sencillez de su carácter y de sus intenciones no se ha dado cuenta del peligro á que nos expone á todos.

Felizmente, no hemos visitado nunca los Estados Unidos, y debemos limitarnos al papel de relator en el proceso intentado por la alegría al amor propio; además, tenemos á la vista una publicación interesante y reciente de M. Oscar Comettant, titulada *Tres años en los Estados Unidos*, que nos permitirá salir con bien del apuro.

Estamos en Nueva York y en Broadway, esto es, en la arteria principal de la ciudad por donde la circulación es constantemente muy activa. Aun es temprano. Esos hombres que marchan tan de prisa por la acera son comerciantes. Desde el dependiente mas humilde hasta el cargador mas rico, sea cual fuere el tiempo que haga en esa ciudad que en cuanto á climas reúne todos los extremos, á las siete está ya en pié todo el mundo. Para las gentes de sueño pesado hay una inven-



Broadway por la tarde. — Paseo de las señoras.



Los trineos en Broadway.

cion de un efecto infalible; la cama hace oficio de despertador; pero no se contenta con repiquetear un rato á los oídos, sino que da una cencerada completa al durmiente. Si este resiste á la primera notificación, recibe otra todavía mas enérgica, y en fin, si la pereza se obstina en querer triunfar, entonces la cama recurriendo á un argumento irresistible da media vuelta y obliga al individuo á levantarse... del suelo.

A las siete y media pues, todo el mundo almuerza, y todos pobres ó ricos toman la misma cosa, esto es, un pedazo de jamon ó de roast-beef frio con una taza de té ó de café con leche. A las ocho se circula por la calle, y á las ocho y media cada cual se halla en su oficina.

Esta oficina participa del sentimiento de igualdad que reina en ese pais democrático. La habitacion del comerciante rico reúne todo el lujo y el confort que se pueden desear; pero su oficina es generalmente lo contrario: en un aposento oscuro y miserable se encuentran un bu-



Trapera y vendedor de periódicos.

fete incómodo, algunas sillas de paja y unas cuantos sillones de cuero verde ordinariamente muy gastados. El hombre de negocios, nos dice M. Comettant, prescinde por sistema de toda especie de confortable. Así cree dar una prueba de gravedad muy conveniente para lisonjear á los comerciantes pequeños que van á su casa. Es inconcebible, pero es ciertísimo que los traficantes desean ver en las oficinas de los hombres de negocios que saben son ricos, la apariencia de la miseria y el desden afectado del lujo. Así un hombre bien instalado haria pocos negocios en los Estados Unidos.

¿Y quién no es hombre de negocios en el Norte de ese país? Hasta los niños lo son, y las mujeres querrian serlo. «No hay niños en los Estados Unidos, sino hombreritos jóvenes. He conocido un buen cajero que tenia doce años, y todos los dias mandan á cobrar sumas importantes á chicuelos que aquí no nos merecerian confianza para dos cuartos. ¡Pero cuidado con engañarlos! Saben contar en el seno de su madre.



Carreton-trineo en Nueva York.

En cuanto á las niñas es otra cosa; hé aquí lo que dice M. Comettant:

«Una vez me encontraba yo en compañía de una joven lady, dotada de esa hermosura correcta y angelical que vemos en las viñetas inglesas. La conversacion recayó en los privilegios de que disfrutaban las mujeres en América, privilegios que son hijos de la protección de las leyes y de la galantería y extremada tolerancia que tienen los americanos respecto de las señoras.

— Es cierto, me dijo ella, que generalmente somos muy dichosas en América; á pesar de eso yo habria querido nacer hombre.

— Habria sido lástima, la respondí; ¿y porqué habria querido formar parte de la congregacion masculina?

— ¿Con qué no sabeis el motivo? dijo con presteza.

Y en aquel instante sus facciones se animaron, sus ojos se encendieron, y en toda su persona se pintaba como una inspiracion grande y poética. Yo esperaba oírle decir que habria querido ser hombre para mandar un ejército, dirigir una escuadra ó brillar en la tribuna, pero no habia concluido aun de hacer estas rápidas reflexiones cuando acercándose á mí, me dijo con voz conmovida:

— Habria querido ser hombre para hacerme un hombre de negocios (*business man*).

No invento; además tales rasgos no se inventan.»

Nueva York no sería una gran ciudad si al lado del lujo no se viese en ella la miseria. Por lo comun los mendigos son irlandeses. Esos infelices emigrados que van allí de tan lejos con una esperanza ilusoria, pueden creerse en rigor en su propio pais, segun la pobreza que les abruma. Allí tambien vestidos, si la expresion no es demasiado hiperbólica, con los harapos que les arrojan los ricos, subsisten á beneficio de expedientes y de pequeñas industrias; ejercen el oficio de traperos, venden fósforos y periódicos, ó mejor dicho pordiosean con ese pretexto.

Por la tarde Broadway toma una fisonomía diferente. Los hombres están en su trabajo, y las señoras, sobre todo las señoritas, invaden la calle. «Las señoritas llevan en América lo que se llama en Francia la vida de soltero, en tanto que los jóvenes llevan á toda edad, como ya hemos dicho, la vida de hombres de negocios. Las jóvenes se pasean solas dias enteros vestidas con la mayor elegancia. Desde la edad de doce años ya no quieren llevar mas que trajes de seda. Van por todas partes, entran á cada momento á tomar pastelillos y sorbetes, y siempre tienen confites en la boca. Cuando vuelven á casa de sus padres al cabo de largas horas de paseo, nadie las pregunta en qué han invertido su tiempo. En el verano corren, acompañadas por su novio (el novio rara vez les falta y desde niñas) las calles de la ciudad, van al teatro, al campo, en camino de hierro ó en vapor. En invierno se pasean en trineo hasta muy tarde por la noche; tienen una llave de la casa y entran de incógnito en su cuarto que por lo regular está lejos de las habitaciones del padre y de la madre.»

Esta independencia de los jóvenes en los Estados Unidos es sin duda una consecuencia inmediata del principio de libertad que á todo debe aplicarse; pero M. Comettant señala otra causa que tiene su valor aquí, puesto que es una causa comercial. Los americanos, dice, no descuidaron nada al principio de la colonizacion para asegurar el buen éxito de su empresa. Sabiendo muy bien que la mitad mas débil de la especie humana ha dirigido siempre á la mas fuerte, y que allí donde la mujer tuviera gusto en vivir, tendria que vivir el hombre, emplearon todos los medios para atraer á las mujeres, y como buenos comerciantes, las ofrecian una parte en los beneficios. Esta parte no es nada mezquina. Las bienaventuradas hijas del nuevo mundo disfrutaban casi de todos los derechos. Verbigracia: una señora se presenta en una tienda de novedades, y anuncia al entrar que aunque sin intencion de hacer compras, quiere verlo y examinarlo todo únicamente para pasar su tiempo. Inmediatamente la ponen ante los ojos una cantidad infinita de piezas de tela, la dejan que se pruebe pañuelos, manteletas, adornos de cabeza, etc.; y cuando se cansan de la diversion, sin dar gracias siquiera, hacen una señal á guisa de saludo y se van á pasar el tiempo á otra parte. Los dependientes tienen que emplear algunas horas en volver las cosas á su sitio.

Otro ejemplo citado por nuestro viajero. Si una señora desea entrar en un omnibus que va completo, al instante un hombre se levanta para dejarla su lugar, y esto del modo mas sencillo, sin exigir de ella que le dé las gracias, sin mirarla siquiera. La dama se instala en el puesto del caballero como si hubiera estado desocupado. Sobreviene un chaparron, y las mujeres que llegan en tumulto y se precipitan en los omnibus atestados ya, se sientan sobre las rodillas de los viajeros donde se instalan cómodamente. Lo mas característico en todo esto es el silencio de los hombres, su actitud respetuosa y su gravedad que forma un contraste original con la locura de las mujeres que hablan alto, se rien á carcajadas y gesticulan en todos sentidos, como alegres muchachuelos que van á una fiesta.

Todos los dias entran muchas señoras en casa de M. Horace Waters, almacenista de música en Broadway para elegir composiciones nuevas. Se sientan al piano, y sin consideracion ninguna hácia la gente que está en la tienda tocan y cantan que es un portento. Mas de una vez he visto, cuando las canciones que elegian tenían acompañamiento de coro, llamar á los dependientes del almacén y aun al mismo dueño para que cantaran á fin de juzgar mejor del efecto del conjunto. Al llamamiento de una dama nadie resiste, los dependientes en masa

abandonan sus tareas y salen del mostrador con el amo para ponerse á su servicio, improvisando un concierto en favor de una desconocida.

Y no se crea que esta obediencia pasiva á todas las voluntades de las mujeres nace únicamente de un instinto de galantería. La ley las protege demasiado para que el mérito deba achacarse á las costumbres. Dejemos aparte ciertos privilegios, entre otros el de dar de palos á los hombres que les desagradan (M. Comettant lo dice, y le dejamos la entera responsabilidad, complaciéndonos en creer que nunca han usado de este derecho, y que por consiguiente el privilegio no puede hacerse constar en la práctica); pero lo cierto es que la justicia admite su juramento como prueba en casos graves y muy extraños. Por lo demás tambien esto existe mas ó menos en Inglaterra; M. Comettant sin duda por no haber habitado en el último pais ha omitido decirlo, y bajo muchos puntos de vista el Yankée no es mas que un inglés visto por un cristal de aumento. Todo lo que sigue, verbigracia, ¿no puede aplicarse en cierta proporcion lo mismo al anglo-sajon de Europa que al de América?

«Conocido es el significado de la palabra *flirtation*, esa conversacion íntima que está entre la conversacion puramente amistosa y la conversacion galante y apasionada. La *flirtation* ha nacido evidentemente de dos principios contradictorios: el deseo en las mujeres de agradar á los hombres, y el temor en los hombres de sucumbir á las seducciones de las mujeres. De aquí la extrema coquetería de las unas y la fria reserva de los otros.

«La mujer aparece á los americanos como una amenaza para los corazones demasiado tiernos. No es la oveja la que tiene allí miedo del lobo; sino que el lobo es el que teme á la oveja. Por eso, dejad en toda libertad á las americanas, su experiencia (en toda edad la tienen) unida á la protección de las leyes las protegerá lo bastante contra todo peligro de *flirtation*. Tampoco no deben inspirarnos recelos los apartes en los rincones entre un joven y una niña que se observan en los salones, en el baile y en el teatro, pues esos seductores dominados por el miedo son á menudo mas inocentes de lo que se cree, y juegan al amor como los niños á la guerra, con sables de madera y pistolas de paja. Si uno de los dos teme ceder á la atraccion del sentimiento, nunca es ella, siempre es él. Así tiene que ver la confianza perfecta que ilumina los rostros encantadores de las *young ladies*, y el atrevimiento de las jóvenes de diez y ocho años que van por las calles mirando á los hombres con afectacion, y se rien de ellos al pasar á su lado para obligarles á bajar los ojos.»

El dibujo de los trineos en Broadway representa uno de los placeres favoritos de los habitantes de Nueva York. El invierno, que como ya hemos dicho es muy rigoroso en esa ciudad, es saludado siempre con alegría. ¿Qué gusto al despertarse por la mañana encontrar la calle llena de nieve hasta los primeros pisos! Al momento se ponen á trabajar para nivelarla, y en cuanto la via está practicable principia el concierto de los cascabeles sonoros, y los trineos se cruzan rápidamente. En Nueva York el trineo sustituye completamente á los carruajes, de modo que los hay para llevar fardos y mercancías, y al lado del trineo elegante con caballos ricamente enjaezados, pasa el trineo omnibus para el pueblo soberano. Conociendo á los americanos, fácil es suponer que no dejarán escapar tan bella ocasion de quebrarse las piernas luchando en velocidad. Y así lo hacen: por todas partes se improvisan carreras donde el mas loco excita mas entusiasmo, y donde el mas maltratado recibe una silba solemne. ¡*Go ahead!* El americano debe andar su camino á toda costa, aun en trineo, aun sobre la nieve, y aun cuando ese camino no conduzca á ninguna parte. ¡*Go ahead!*

L. W.

LA LLAVE DE ORO

POR M. OCTAVIO FEUILLET.

PERSONAJES.

RAUL DE ATHOL.
SUSANA, su mujer.
EL BARON, abuelo de Susana.
JORGE DE VERNON, oficial de cazadores de Vincennes.
JUANA, criada anciana y favorita de Susana.
VICENTE, ayuda de cámara de Raul.
Un cocinero.
Un mozo de cocina.

La accion pasa en una capital de provincia.

LOS BASTIDORES.

En casa del abuelo de Susana. — El vestibulo de una casa elegante; muchas luces, arbustos y flores. — Un peristilo con doble escalera baja á un jardín cuya calle principal está iluminada. — Son la doce y media de la noche.

EL COCINERO y EL MOZO de cocina. (*Están tomando el fresco apoyados en la barandilla del peristilo.*)

EL MOZO.

¿Decís pues, señor Roberto, que el novio es hombre delicado para la comida?

EL COCINERO, hombre robusto, de fisonomía importante y honrada.

Delicadísimo; es un hombre que sabe lo que come, y que tiene los mayores cuidados con todo cuanto ha de pasar por su garganta. Ya me ha pedido la receta de mi nueva salsa de perdicés. Creo que la señorita será muy dichosa con él.

EL MOZO.

¡Oh! la señorita no comia mucho.

EL COCINERO.

Como la mayor parte de las mujeres, come lo que la dan, sin sombra de discernimiento. La he visto almorzar una alcachofa cruda y fruta verde... Las mujeres son así... pero no obstante, debemos llorar su pérdida.

EL MOZO.

No le hace, si ha de ser dichosa como creéis, señor Roberto.

EL COCINERO.

Lo creo firmemente. Primero es raro que un hombre que tiene buen estómago deje de hacer dichosa á su mujer; este es un principio infalible; despues, por lo que yo conozco del amo, me figuro con placer que la señorita ha elegido de mano maestra. Esto mismo he dicho á la señorita cuando tuvo la bondad de consultarme sobre este punto.

EL MOZO, descubriéndose.

¿Con que os ha consultado, señor Roberto?

EL COCINERO.

Esa atencion ha tenido. Hace cuatro ó cinco dias acababa yo de someter al señor baron mi trabajo relativo al festin de las bodas, y cuando salia de la consulta me encontré con la señorita en la escalera. La saludé y se puso encarnada. Tal es, amigo mio, el pudor natural de las mujeres; todas son así: por la cosa mas mínima se ponen como un tomate. — Roberto, me dijo pegando con la punta de su sombrilla sobre su botita, grandes asuntos tenemos en casa. — Señorita; la respondí, yo trabajo cuanto me es posible. Y la presenté la lista de los platos que habia visto su abuelo. Lo hice por pura condescendencia, pues como ya te he dicho, la señorita, que sin embargo tiene toda la instruccion que se puede desear en una mujer, no ha distinguido nunca una trufa de una patata.

EL MOZO, riendo.

¡Ja, ja, ja!... ¡Parece mentira!...

EL COCINERO, sonriendo.

¿Qué quieres? Nadie es perfecto en este mundo. No obstante, la señorita aparentó que recorria mi lista con interés, y hasta tuvo la bondad de decirme al devolvérmela: — Será un festin magnífico y digno de tí, Roberto. — ¡Mil gracias! repuse, y entonces de una palabra á otra la llegué á decir que habia elegido de mano maestra. Al oír esto quisiera que la hubieses visto correr por las escaleras arriba gritando de escalon en escalon con su vocecita: Gracias, Roberto, gracias, gracias. El señor baron que habia entreabierto la puerta de su gabinete se reia á mas no poder.

EL MOZO.

Es muy buena nuestra señorita.

EL COCINERO.

Solo un salvaje puede decir lo contrario. Pero aquí llega Juana que nos dará noticias. (*Juana entra sofocada son su sombrero en la mano y se deja caer en uno de los bancos del vestibulo.*) ¿Con que supongo que hay que preparar el té y el ponche?

JUANA, solterona viva y brusca.

Y el chocolate tambien, Roberto. Dentro de cinco minutos oireis los coches. (*El cocinero hace una señal al mozo que baja el peristilo corriendo.*)

EL COCINERO.

¿Dónde los habeis dejado?

JUANA.

En la sacristía. Estaban firmando en el registro.

EL COCINERO.

¿De modo que es cosa hecha?

JUANA.

El alcalde y el cura han dicho todo cuanto tenían que decir.

EL COCINERO.

Pienso que todo habrá estado bien.

JUANA.

Muy bien; por eso no hablaremos mas de ello.

EL COCINERO.

Se me figura que no estais del todo contenta.

JUANA.

¿Y porqué no? El baron está contento, la novia tambien, el novio igualmente, — aunque no lo demuestra — y yo estoy como el novio.

EL COCINERO.

¿No os gusta el novio, amiga mia?

JUANA.
¿Cómo no me ha de gustar ese caballero? ¿Acaso no viene de París? ¿Vos mismo teneis jamás algo que decir contra lo que viene directamente de París?

EL COCINERO.
No seguramente. Pero hagámosle justicia, es un hombre hermoso.

JUANA.
Sí; en cuanto á belleza es un modelo.

EL COCINERO.
¿Ha hecho alguna tontería durante las ceremonias?

JUANA.
Mal le conoceis; no es hombre capaz de hacer tonterías.

EL COCINERO.
Y la señorita ¿cómo se ha conducido en una coyuntura tan perpleja?

JUANA.
¡Pobre ángel! (*Prorrumpo en llanto.*) ¡Pobre ángel mio! (*Con energía.*) ¡Ah! el matrimonio es una infamia.

EL COCINERO.
¿Pero porqué?

JUANA.
¿Porqué? (*El mozo aparece de súbito.*)

EL MOZO.
Juana, os busca un caballero.

JUANA.
Un caballero me busca á estas horas; ha perdido el juicio ese señor. (*Se levanta; entra un caballero de frac negro y corbata blanca, con un bulto bajo el brazo envuelto en un pañuelo de seda.*)

EL CABALLERO.
¿La señorita Juana?

JUANA.
¿Qué teneis que mandar?

EL CABALLERO.
¿Sois vos?

JUANA.
Yo misma. (*El cocinero y el mozo se alejan.*)

EL CABALLERO, á media voz con aire de misterio.
Me llamo Vicente Lhermite.

JUANA.
¿Y qué?

EL CABALLERO.
Soy el ayuda de cámara de M. Raul.

JUANA.
¡Ah! ¡del novio! ¡Bueno!

VICENTE, bajando mas la voz.
Mi amo me ha dicho que me dirija á vos para saber dónde he de colocar estos chismes. (*Señala el bulto que lleva bajo el brazo.*)

JUANA.
¿Qué chismes son esos?

VICENTE.
Sus cepillos, sus navajas, todo lo concerniente á su tocador.

JUANA.
¡Ah! ¿De eso se ocupa en este momento vuestro amo?

VICENTE.
Ya comprendéis cuánto sentiría no hallar mañana por la mañana todo lo que necesita diariamente.

JUANA, gritando.
Dejadme en paz con esas necedades.

VICENTE.
¿Qué decís?

JUANA.
Que me indigna lo que oigo, y que podeis meter esos chismes donde querais; yo no los tocaré con la punta del dedo.

VICENTE.
No sé que deba indignar á nadie el que mi amo quiera afeitarse mañana.

JUANA.
¿Traéis tambien su gorro de dormir? (*Se oye un ruido de coches.*) Vamos, dadme aquí, no hay mas remedio... Pero solo á los hombres se les ocurren tales ideas; ¡es indecente! (*Se aleja.*)

(*Tumulto en el jardín. Los criados y sus amigos se apiñan en el vestibulo con curiosidad. Los coches llegan al peristilo. — Susana con el traje de novia sube al peristilo, apoyada en el brazo de su abuelo, viejecillo alegre y elegante.*)

SUSANA.

EL BARON.
Cincuenta y cinco años hace que me casé, hija mia.

SUSANA.
Os aseguro que estais encantador, y que podríais casaros de nuevo si quisiérais.

EL BARON.
¡Oh! en cuanto á eso, sin ningun inconveniente, al menos para tí. (*Atraviesan el vestibulo seguidos del corlejo.*)

LA NOVIA.
En el jardín. Aspecto de un parque inglés: calles tortuosas, praderas, fuentes; bósquecillos débilmente alumbrados por el reflejo de las luces lejanas. Aire tibio y aromático de una noche de verano.

SUSANA, con un velo en la cabeza arrastra suavemente á Juana que lleva de la mano.
Ven, ven mas lejos aun....

JUANA.
Pero señorita...

SUSANA.
¿Qué es eso de señorita?

JUANA.
Es verdad, señora... No podré acostumbrarme nunca... Pero ¡Dios mio! ¿Qué me quereis?

SUSANA, deteniéndose.
Quiero descubrirte un secreto, Juana... óyeme bien. (*La toma ambas manos con pasión.*) ¡Soy dichosa! (*La abraza y llora.*)

JUANA.
Dios lo quiera, inocente mia.

SUSANA.
Mi corazón queria saltármeme del pecho; me ahogaba... habríá muerto si no hubiese podido decir en alta voz: ¡Soy dichosa!... ¡Muy dichosa!...

JUANA.
¡Señorita!...

SUSANA.
¿Y á quién se lo habria dicho sino á tí, Juana?... A tí, á quien quiero tanto... bien lo sabes... Y si no te quisiera sería una ingrata... Cerca de veinte años hace que soy todo para tí... no has tenido en la tierra otro interés, otra pasión que tu Susana... Nada mas, nada mas... Me has llevado en tus brazos de la cuna al tálamo nupcial... Has llenado tú sola ese horrible vacío de una madre ausente... Así, ya puedes figurarte si te quiero... y nadie sino tú debia recibir mi primera confesion de amor, mi primer secreto de felicidad.

JUANA, con emocion.
Hija mia, Susana querida... ¡gracias! ¡gracias!...

SUSANA.
Y he querido decírtelo aquí, en este sitio, bajo estos jazmines, cerca de este banco... ¿Sabes porqué?... Siéntate... y busca en tu memoria... ¡Oh! ¡No se acuerda; sin embargo, no hace un año aun y á mí se me figura que era ayer!

JUANA.
Sí... sí... ya caigo...

SUSANA.
Llegaba la noche... yo estaba así como ahora, la cabeza apoyada en mi mano y tan distraida que no te oí venir... Me estremecí al sonido de tu voz... Tú decías: Está concluido; mi hija se me va. — Yo me levanté; pero haciéndome sentar de nuevo, me dijiste: Susana, si te lo dice el corazón, tienes que casarte.

JUANA, riendo.
¡Y esto os pareció brutal!

SUSANA.
Un poco; pero me pregunto todavía cómo pudiste adivinar lo que pasaba por mi espíritu.

JUANA.
¡Qué malicia!

SUSANA.
En fin, yo no podia comprenderlo, y me quedé tan confusa, que tú, estrechando mis manos en las tuyas para tranquilizarme, me dijiste: Eso no es malo, niña; pero ¿se puede saber el nombre del galán? ¿Es rubio? ¿Es moreno? ¿Es hijo de un rey?... No era hijo de rey, amiga mia, y aun no tenía nombre; yo no amaba á nadie... y amaba, esa es la verdad. Yo misma no me reconocía; queria estar sola para entregarme á mi tristeza, y me avergonzaba viéndome como esas heroínas insípidas que tanto nos hacian reir en nuestras lecturas del invierno. Sin embargo, me abandonaba á ese hechizo que me humillaba, pero que embriagaba todo mi ser. — Por hábito seguia el curso ordinario de mi vida, pero sin ver ni oír nada en la realidad. Me hallaba como adormida en visiones que me hablaban y á las cuales no me atrevia á responder; venia á buscarlas en las sombras de estos jardines... A veces despertándome de repente me sentia sobrecogida de un dolor sin motivo;

estrechaba contra mi frente ardorosa el ramillete que acababa de coger, y le regaba con mis lágrimas.

JUANA.
Eso era muy peligroso, hija mia. Ahora lo recuerdo bien todo; yo fijaba vuestras ideas.

SUSANA.
Sin tí se fijaban muy bien, querida Juana. Por lo demás, no te lo oculté... Te confesé que en medio de aquellos sueños, y entre aquellos fantasmas que me perseguian, habia uno que temia mas que los otros, y que sin embargo evocaba con frecuencia... ¿De qué recuerdo ó qué presentimiento habia yo formado su figura?... Sus facciones respiraban una especie de orgullo receloso que mi presencia cambiaba en tierna sonrisa... Sus ojos parecían prometerme todo cuanto una mujer puede desear en su amigo, en su soberano, en su esposo... ¡el honor, el genio, la bondad!... Al mismo tiempo, y esto me hechizaba, parecia entregado á un amargo pesar... del que podia yo consolarle... Se acercaba, su mano tocaba la mia, y sentia yo que mi corazón y mi alma me abandonaban... — Cuando yo te hacia esta relación y te pintaba este retrato, me acuerdo que me dijiste: — Está bien, hija mia; pero pidamos á Dios que nos le envíe como le ves en tus ilusiones!... — Y así ha sido; tal como yo le soñaba, me le ha enviado Dios; aquel sueño divino, aquel fantasma adorado, está ahí: — ¡vive!... ¡Me ama!... ¡Es mi esposo!... Esto es lo que queria decir á tí y á todos los demás cómplices de mis sueños, á esos árboles... á esas flores... á la noche... á las estrellas... ¡Oh! ¡qué noche tan hermosa!... ¡qué radiante está el cielo!... mira... ¡Cuántos perfumes en el aire!... ¡qué bondadoso es el Señor... y cuánto te quiero, Juana!

JUANA.
Sí, sí; ¡cuánto te quiero, Juana! Puedo estar orgullosa, á fe mia.

SUSANA.
Una cosa temo...

JUANA.
¿Y cuál es?

SUSANA.
La de no ser digna de mi marido.

JUANA.
¡Locuras!

SUSANA.
Tiene un corazón de león, Juana... He querido saber su historia en Africa por el oficial que estaba á la mesa junto á mi tia... Jorge Vernon; ese jóven cuyo hermano salvó Raul... ya estás enterada de todo. (*Se continuará.*)

Inauguracion de las fuentes de Die
Y DE UNA COLUMNA AL EMPERADOR.

Hace pocos dias se han inaugurado en Die unas bonitas fuentes que la poblacion deberá á la administracion ilustrada de su alcalde, que es al mismo tiempo un abogado distinguido.

La fuente que se ve representada en nuestro grabado se halla cerca de un monumento de origen desconocido, cuya historia es digna de interés.

Es una columna de piedra muy hermosa hallada en los escombros de que está llena la tierra de esa antigua ciudad. No era esta columna la única que habia; otras se encontraban á su lado, varias de ellas rotas, y su presencia en aquellos lugares extrañó mucho, porque el granito no se halla en los territorios del departamento del Drôme donde se encuentra Die; solo á 15 ó 20 kilómetros en una meseta inaccesible á las ruedas, y al otro lado de las montañas aparecen los terrenos primitivos. Pero allí nueva sorpresa; se ven en ese desierto columnas medio cortadas y de dimensiones como las del monolito hallado en Die.

Probablemente quisieron construir un gran monumento los antiguos amos de la *Dea vocentiorum*, y esa empresa se interrumpió por razones que se ignoran.

La columna de que hablamos se descubrió á principios del siglo actual, y tuvieron la idea de elevarla en una de las plazas de la ciudad, á la gloria del primer cónsul.

El monumento principiado en 1801 se quedó por concluir, y la obra se prosiguió en 1852 y se terminó como se ve en nuestro dibujo.

Hé aquí la traduccion de la inscripcion francesa que se lee en el pedestal:

EN EL AÑO 1801
ERIGIDO
POR LA GRATITUD
A BONAPARTE
VENCEDOR LEGISLADOR
PACIFICADOR
REESTABLECIDO
EN 1852

Esta inscripcion deja el pensamiento en suspenso como los antiguos oráculos; pues la ausencia de puntuacion permite preguntarse si el restablecimiento de 1852 dice relacion con Bonaparte ó con el monumento mismo.

A. M.



Fuente y columna recientemente inauguradas en Die (Francia.)

El castillo de Roc'h Morvan

(BAJA BRETAÑA).

(Conclusion.—Véase el número anterior).

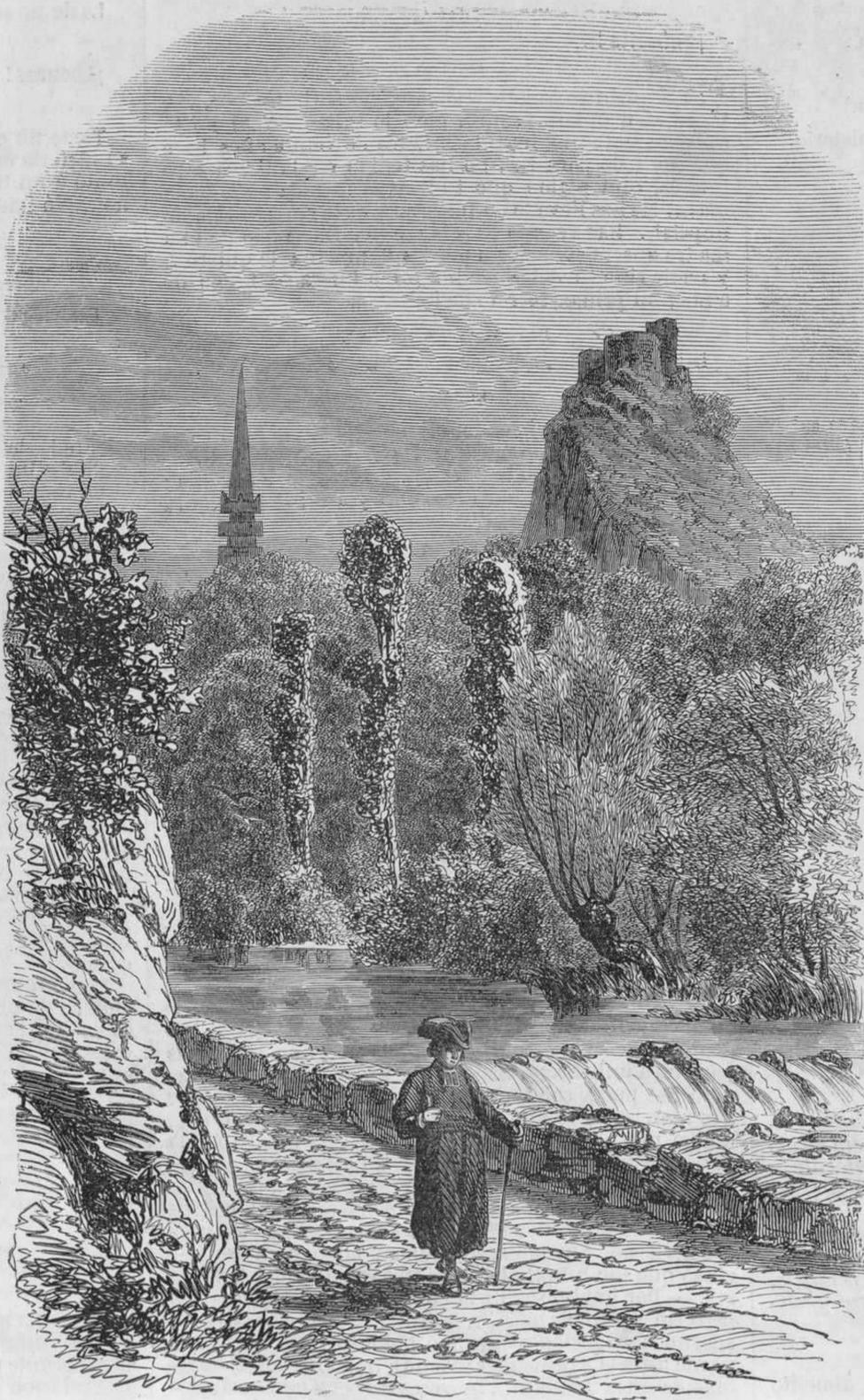
El valle por donde serpentea el Elorn es verde como la esmeralda; en su corriente alegre el río forma pequeñas cascadas blancas bajo la sombra de los sauces y forma á veces hermosos estanques azules. El camino imperial sigue casi todas las sinuosidades hasta la aldea de la Roche Morice, perdida entre los árboles de una altura próxima. Solo el campanario de la iglesia se destaca sobre la sombría verdura que le rodea. Allí cerca sobre un montón de rocas cubiertas de musgo se alzan los últimos vestigios del castillo de Roc'h Morvan.

Es bastante difícil, dice un anticuario M. de Fremenville, el poder juzgar cuál ha sido el conjunto de esta fortaleza; muros casi derruidos, trozos de construcciones que se descubren aquí y allá en el flanco de la roca por el lado del Este, parecen indicar que había un recinto exterior y que toda la parte de la cumbre no era mas que el torreón principal del castillo. Este torreón consiste en un recinto de figura casi triangular y cuya muralla de piedra tiene ocho pies de grueso.

Por el lado del Sur hay un torreón cuadrado en donde se notan los restos de una sala con su chimenea. Aun se ven en esa sala las partes inferiores de la caída de las bóvedas que sostenían la plataforma; la escalera por donde se subía está practicada en el interior del muro. Esta misma escalera se prolongaba inferiormente y bajaba á un subterráneo abierto en la peña viva que se cegó hará unos veinte años. En el ángulo opuesto de esta torre se ve otra que es de forma triangular y que está como suspendida sobre la parte mas á pico de la roca.

Otra torre de figura cuadrada presenta sus restos sobre un promontorio contiguo á la roca; parece formó parte del recinto exterior, cuyos restos se descubren por el lado que da á la Roche Morice; aun existen las bases de dos enormes torres redondas que defendían el pórtico.

Tales son los restos de la plaza fuerte que ocupaba en tiempo de Luis el Debonario, el jefe armoricano que la dió su nombre, Morvan, rey de Cornouailles, célebre por la lucha en que sucumbió despues de haber combatido valerosamente contra el rey de Francia.



El Elorn y las ruinas de Roc'h Morvan.

Una tradicion que data del cuarto siglo menciona ya un castillo levantado en el mismo lugar, y ha dado al río el nombre de Elorn, otro rey breton predecesor de Morvan. Hé aquí los motivos.

En aquella época un dragon prodigioso que tenia su guarida cerca de la roca, consternaba toda la comarca. En cada una de sus salidas hacia destrozos sin cuento. Los hombres y los animales indistintamente eran buena presa para él, y su rabia exterminadora continuaba los desastres que tenían por primera causa su formidable apetito. Para reprimir en lo posible los horrores del monstruo, otro rey de Bretaña que reinaba en Brest, y del que era tributario Elorn, publicó un edicto en cuya virtud cada semana cierto número de víctimas que se dejaban al capricho de la suerte, debían ser conducidas á la caverna del dragon para que le sirvieran de pasto. Ahora bien, la fortuna adversa habia herido tanto en torno del desgraciado Elorn que su casa estaba vacía. Sus parientes, sus amigos, sus servidores habian tomado alternativamente el camino de la fatal caverna. No le quedaban mas que su mujer y su hijo único, el pequeño Riok, que apenas tenia dos años, y no obstante fué designado ya como víctima.

Este último golpe remató al buen padre: resolvió sustraerse por el suicidio á los horrores del sacrificio, y en su desesperacion corrió á precipitarse de lo alto de las murallas de su dominio al río que corría á sus pies, y que llamado entonces *Dourdown* (agua profunda), recibió el nombre de Elorn para perpetuar el recuerdo de aquel triste suceso. Pero la fortuna sonrió esta vez á su víctima.

Por el sendero de la orilla pasaban dos viajeros á caballo, que viendo un hombre ocupado en luchar contra la corriente, y comprendiendo al punto que no se entregaba por diversion á tal ejercicio, lanzaron sus caballos al agua y consiguieron apoderarse del infeliz en el momento en que le faltaban las fuerzas. Los cuidados que le prodigaron le devolvieron la vida, y Elorn contó el caso á sus salvadores.

Ahora bien, estos eran dos santos desconocidos aun naturales de la Gran Bretaña, los caballeros Derrien y Neventer, que volvian de un viaje á Oriente donde habian asistido á la abjuracion del emperador Constantino, y marchaban ahora hácia un punto de la costa donde les esperaba un buque

dispuesto á darse á la vela para su patria.

Consolaron y animaron como pudieron al infortunado monarca, y acabaron por prometerle que libertarian el país del terrible azote, si queria él abrazar el culto del Dios verdadero. Elorn no quiso renegar la fe de sus antepasados, pero se comprometió por juramento á hacer erigir en sus dominios una iglesia y á educar á su hijo en la religion cristiana.

Los generosos caballeros quisieron contentarse con este compromiso, y al punto fueron á la caverna del dragon y le mandaron en nombre del verdadero Dios que saliera á la luz del día. El animal se presentó brincando y lanzando horribles silbidos, y seguramente su aspecto habria aterrorizado á otras almas de un temple menos sólido. Tenia muchas toesas de largo; sobre su cuerpo retorcido en anillos habia duras escamas; su cabeza era de gallo, su boca se abria armada de dientes formidables (podia tragarse un buey de un bocado), y su ojo redondo lanzaba una mirada que, como la flecha, daba la muerte.

Pero Dios estaba con los caballeros; el mas jóven, Derrien, se apeó, y bajo el poderío de la señal de la cruz, la fiera inclinó la frente, se arrastró en el polvo y se dejó atar al cuello un chal, cuya punta puso el caballero en manos del jóven Riok. El niño condujo al animal dócilmente hasta los piés de su padre que dió mil gracias á sus dos libertadores, y para honrarles cuanto podia les escoltó por el país hasta el punto de la costa donde debian embarcarse. Allí llegaron conduciendo siempre en pos de sí al dragon sometido, y cuando llegó la hora de



La leyenda de la Roche Morice.

la marcha, los caballeros, antes de despedirse de Elorn, mandaron al animal que se precipitara al mar y se ahogara, lo que hizo con una resignacion ejemplar y digna de mejor suerte.

El lugar donde se cumplió este memorable acontecimiento se llama aun en el día *Pontusval de Pont beuz an eval* (el estanque donde se ahogó la fiera). Sin embargo, Elorn, que era de aquellos de que habla san Pablo en su segunda carta á los Corintios, olvidó muy pronto el servicio que le habian hecho, y su promesa en la hora del peligro, y se mostró poco dispuesto á edificar la capilla prometida. Sin embargo, para sustraerse á los ruegos continuados de su mujer y de su hijo, designó, en la parte mas desierta de su territorio, un terreno donde mandó llevar los materiales necesarios para la construccion proyectada. Pero mediante un poder sobrenatural, estos materiales desertaban por la noche del lugar donde habian sido colocados durante el día, como si el sitio elegido fuese indigno del destino que le querian dar.

Al saber Elorn tan extraña aventura se encolerizó hasta lo sumo, y acusando á su mujer y á su hijo de que estaban de acuerdo con algunos atrevidos que se burlaban de él, los desterró para siempre de su presencia. La esposa y el hijo desterrados fueron á refugiarse á un dominio que la reina poseia á la orilla del río y muy cerca del castillo de la *Joyeuse Harde*, que vió despues tantas proezas y aventuras. Allí consagrada á todas las penitencias pasó el resto de sus dias.

S.

Los inventores.

JUAN AGUSTIN ALEJO SAUVAGE.

No hace muchas semanas pagamos en las columnas de este periódico un justo tributo de elogios á la memoria de Federico Sauvage, inventor del hélice, víctima del olvido y de la ingratitud de sus contemporáneos.

Hoy tenemos que añadir al martirologio de los inventores el nombre de Juan Agustin Alejo Sauvage, ingeniero-mecánico-inventor que acaba de morir en Paris. ¿Será cierto, como se ha dicho tantas veces, que todo hombre de genio se halla condenado durante su vida al infortunio? Las penalidades y duras pruebas que Federico y Alejo Sauvage han tenido que soportar, dan á su vida una similitud perfecta.

Trazaremos aquí á grandes rasgos la vida, esto es, la historia de los trabajos y de las desgracias del último.

Nació en 1781 en las cercanías de Paris, siendo sus padres unos simples obreros. Los primeros años de su vida los pasó en Bellevue, cerca de Meudon, donde aprendió la mecánica en el taller laboratorio del famoso Gamin, cerrajero, que habia tenido el honor de dar lecciones al rey Luis XVI.

Alejo Sauvage trabajó algunos años como obrero mecánico en los talleres del gobierno, y luego en casa de M. Albony, que le nombró su jefe de taller.

En 1816 se puso en relaciones con Windsor, que habia venido á Francia para poner el alumbrado de gas; fué protegido por Windsor, que desgraciadamente para él murió demasiado pronto en 1828.



M. Alejo Sauvage, ingeniero mecánico.

Alejo Sauvage estableció sucesivamente, de 1816 á 1820, las fábricas de gas de los Panoramas y del Luxemburgo. El gobierno, despues de los primeros ensayos, tomó bajo su proteccion el descubrimiento, á fin de aplicarle en grande escala.

La compañía real del alumbrado de gas se fundó en 1822 bajo los auspicios del rey y con el concurso de los señores vizconde Chaptal, de Bourienne, Dosne y Minguez. Sauvage fué encargado de la ejecucion y de la vigilancia de todas las obras emprendidas por su cuenta en Paris, y fué nombrado jefe del alumbrado de Paris y de los teatros reales. En ese empleo hizo los mayores servicios á la nueva industria del gas durante diez años, de 1820 á 1830.

En efecto, á él se deben los primeros aparatos de registro en la distribucion del gas del alumbrado, y otras mejoras que le valieron una mencion honorífica en la exposicion francesa de 1827.

Una cuestion industrial y científica del mas alto interés llamó muy luego su atencion, y al cabo de doce ó quince años de trabajos consecutivos logró hallar la solucion del problema de la alimentacion continua de las calderas de las máquinas de vapor con el agua pura procedente de la condensacion en el vacío sin inyeccion. Sus aparatos tienen por efecto establecer en las máquinas de vapor una circulacion continua de la misma agua análoga á la circulacion de la sangre en los seres animados.

Alejo Sauvage se ocupaba en estos trabajos importantísimos cuando en 1849 él y su mujer fueron heridos gravemente en la explosion y el incendio del gasómetro de la Opera que él habia inventado y construido veinticinco años antes

Sauvage, hombre de corazon y de inteligencia, atravesó las llamas para cerrar el gasómetro, y salvó así de una destruccion inminente todo un barrio de Paris y las decoraciones de la Opera.

Una medalla de honor bien merecida le fué acordada por la sangre fria y el valor de que dió pruebas en este trance espantoso. Pero la terrible desgracia comprometió á la vez su salud y sus medios de existencia. Habia recibido una medalla de honor, pero sin socorros, sin pension, y M. Margueritte, director de la compañía inglesa, despues de mil promesas vanas, iba á expulsarle de su domicilio y á enviarle sin ningun recurso á morir al hospital con su pobre esposa.

Alejo Sauvage, despues de haber sufrido aquella prueba del fuego no recobró nunca su salud, pero sí la esperanza que le hizo conservar toda su energía moral. La sociedad francesa de fomento publicó en su boletin de octubre último un informe de M. Tresca, subdirector del conservatorio de artes y oficios, sobre sus aparatos de condensacion y de alimentacion aplicados á una máquina de vapor. Una medalla le fué otorgada por el jurado de la Exposicion universal de 1853. Se nombró una comision del Instituto; desde hace tres años se espera su dictámen, y se está probando en este momento una aplicacion sobre una máquina de 10 caballos.

Los destinos terrestres de nuestro inventor se cumplieron; pero menos feliz que su homónimo, ha muerto antes de haber podido ver la realizacion en grande de su trabajo que le ocupó durante cerca de veinte años.

El hijo de M. Sauvage, ayudado por sus amigos, proseguirá la realizacion de las aplicaciones proyectadas. Nos prometemos que un éxito feliz vendrá á coronar sus esfuerzos y á consolar el alma de Alejo Sauvage, que ha muerto sintiendo no haber podido asistir al triunfo de su idea.

Terminaremos esta noticia biográfica, deplorando que en Francia no exista todavia una sociedad que proteja seriamente á los inventores, patrocinando las invenciones que se reconozcan buenas.

L. de C.

LAZO Y ESPADA.

LEYENDA SEVILLANA.

A MI AMIGO Y COMPAÑERO
DON PEDRO MENDO DE FIGUEROA.

I.

Entre celages de plata
Que el sol al romperlos dora,
Se mira á la blanca aurora
Que con su pura escarlata
El monte y valle colora.

Ante el resplandor que brilla
Huye la nocturna bruma,
Y de ancho rio en la orilla
Se ve aparecer Sevilla
Blanca cual cópo de espuma.
De la hermosura sultana,
Entre sus verdes alcores,
Parece rosa galana
Que en las vegas de Triana
Mata de celos las flores.

Ufano de tal tesoro
Su rey *Abenhuf*, aduna
Su vigilancia y decoro,
Sobre la torre del Oro
Poniendo enseña moruna.
Y es porque sabe que llega
Hueste numerosa y fiel,
Que en belicosa refriega
Se han preso mas de un bajel
Y le han talado su vega.

Por eso desde alta torre
Registra audaz el espacio
Y en feble esquiñe recorre
El Guadalquivir que corre
Tras su encantado palacio.
Contempla de su pradera
Los matices y las galas,
Y suspira porque espera
Ha de tender por do quiera
El genio del mal sus alas.

Ya las ondas de cristal
No han de mojar, transparentes,
Ningun cuerpo virginal;
No vaya el hierro fatal
A mezclarse en sus corrientes.

Por si traspasan la orilla
Las ballestas de Castilla,
No cogerán en las vides
Las niñas almoravides
La ópima fruta amarilla.

¡Ay! no es vano su quebranto,
Pues brilla á la clara luz,
Y el aura acaricia en tanto

La bandera de la cruz
En la tienda del Rey Santo.
Y á fe que causa temor
El brillante resplandor
Que despiden los almetes
De mil cristianos ginetes
Que la guardan en redor.

Por eso los atambores
Al dar sus sonos al viento
Entre revueltos clamores,
De los guerreros mejores
Redoblan el ardimiento.

Y apenas el alba asoma
Tras de la empinada loma,
Se lanza una y otra grey,
Unos gritando *Mahoma*,
Otros, *religion y rey*.

II.

Llega la noche tranquila
Con sus estrellas de oro,
Y en el alcázar del moro
Errante una luz vacila.
Por el suspiro que vuela
Entre las auras livianas.
Se ve que tras las persianas
Hay una jóven que vela.
Y ante la luna que lanza
Sus plateados fulgores,
Que es bella cual los amores,
Y dulce cual la esperanza.
A la nieve su blancura
Causara envidia y sonrojos,
Mientras que sus negros ojos
Despiden luz de ventura.
Tiene una esclava á su lado,
Que ágil, en la calma leda,
Escala de fina seda
Dobla con sumo cuidado.
En tanto que la señora
Atenta pone el oido,
Por si escucha el vago ruido
Que ha de mover el que adora.
De pronto trajo la brisa
Un silbo agudo aunque lento,
Al que la esclava al momento
Cruzó el jardín indecisa.
Que lista la escala echó
No puede haber quien lo dude.
Pues el jóven que á ella acude
Listo sus cuerdas subió.
Diciendo á cuatro ginetes
Que escoltan su empresa loca:
— Aquí esperarme les toca:
Váyanse los capacetes
Y no brillen las adargas,
Mas si el moro llega á vellós,
Entonces, Cristo y con ellos,
Que ya acudirá el de Vargas.

III.

Al aposento le guia
La esclava con gran presteza,
Y tímido la seguia
El jóven en quien se via
Noble y varonil belleza.

Cúbrele rica armadura
Sembrada de oro y acero,
Larga espada á la cintura,
Y pluma que se asegura
Al yelmo del caballero.

Mirase tras la celada
Un rostro que audaz sombrea
Negra barba bien poblada,
Mientras ardiente mirada
Le da expresion y hermosea.
— Niña, por quien vivo, muero,
Dijo echándose á los piés
De la dama el caballero,
Del cielo de amor lucero,
Esperanza que á través
De la guerra me sostienes,
¿Qué mas quieres á mi ardor
Que en viva lumbre mantienes?
¡Qué he de querer, si tú vienes
Para abrasarme de amor!
¡Sultana del alma mia!
Mi cristiano caballero,
Ya aumenta la pena mia
Al ver que en la noche impia

ELLA.

EL...

ELLA.

Traspases peligro fiero.
Siempre á mi padre burlando
Mi pasion alimentando,
A su enemigo aquí admito;
¡Mucho querer necesito
Para ir tal obra fraguando!

EL... Si eso aumenta tu desvelo,
Tambien amengua mi honor,
Venir aquí cuando el cielo
Tiende su tupido velo,
Como un cobarde ó traidor.
Mas si me llega á faltar
De mirarte la esperanza,
Por Dios que he de derribar
La puerta de Benahoar
Con el bote de mi lanza.

ELLA. Templada tan fieros enojos
Que yo muero por tus ojos.

EL... ¡Zoraya, sol de los soles,
Bella cual sus arreboles,
Yo vivo en tus labios rojos!

ELLA. Que es ya muy tarde repara,
Vete, por si alguien te viere.

EL... Amante que bien se quiere,
Ni se olvida ni separa
Del alma que lo prefiere.

ELLA. ¿Qué dices?

EL... Sigue mi suerte,
Deja el alcázar en pos,
Que mi esperanza es tenerte,
Amándote hasta la muerte
Bajo la fe de mi Dios.

ELLA. Tiempo habrá menos cruel,
Olvidate de eso ahora
Y toma ese lazo fiel,
He depositado en él
La fe de un pecho que adora.
Sirva de peto acerado
Que esquivé tristes rigores;
Ponlo, Vargas, á tu lado,
Que es un talisman sagrado
El lazo de los amores.

Loco de tanta ventura
Tomóle radiante el mozo,
Y ciñendo su cintura
A los piés de la hermosura,
Así la habló sin rebozo.
EL... Que debo pasar la orilla
Me anuncia el alba que brilla,
Mas juro por Belcebú
He de ganar á Sevilla,
Que estás en Sevilla tú.

IV.

Siguiendo á la esclava mora
Salió el jóven del palacio,
Reuniéndose con su gente
Que fiel le estaba esperando.
Si novedades ocurren
Pregunta el jefe bizarro,
Y sus valientes responden:
— Nada, señor, ha pasado.
Hacia la orilla del rio
Retornan al trote largo
Entre los tibios albores
Que van el cielo pintando.
Vierten las plantas nocturnas
Sus perfumes aromáticos,
Y abren las rosas su córola
Irguiendo altivo su tallo.
En dulces meditaciones
Iba el de Vargas pensando
Mientras la escolta murmura
Quizá á la vista del lazo.
Poco les falta en llegar
Al campamento cristiano,
Cuando á lo lejos se escucha
El trote de otros caballos.
El ruido de los lelies
Indica son africanos;
Y la púrpura que visten
Que son guardias del palacio.
No es Vargas hombre que huye,
Mas son sus ginetes cuatros,
Y á mas sin pedir licencia
Se huyó del cristiano campo.
Por eso indica á su gente
Vayan redoblando el paso,
Y él los imita tambien
En sus amores soñando.
Mas como en quien ama diceñ
Es propio el ser descuidado,
No mira que en la carrera

Al suelo cayóse el lazo.
 Buen trecho de este se aparta,
 Y al irle á mirar ufano,
 De no encontrarle, su rostro
 Se puso de rábida pálido.
 — Alto, pronunció á su gente,
 Y fueron quietos los cuatro :
 — Es fuerza volver atrás,
 Dijo, la espada empuñando.
 — Señor, mirad que son muchos,
 Replicó el mas veterano,
 Y hemos de morir de fijo.
 Dejadme solo y marchaos,
 Que aunque mas vidas tuviera
 Que el sol en su disco rayos,
 Las perderia una á una
 Por recobrar ese lazo.
 Contempláronse en silencio
 Los valientes castellanos ;
 Mas luego, lanzas en ristre
 Le dicen, pues á ellos vamos.
 Rápidos como unas flechas
 Espolean los caballos,
 Por alcanzar á su jefe
 Que parte como un relámpago.
 Baján sus lanzas los moros
 Dispuestos á rechazarlos,
 Pero ceden á los golpes
 De los mandobles cristianos.
 Huyen á la Judería
 Como bandada de grajos,
 Y Garcí Perez los sigue
 Ya puesto en cobro su lazo.
 Desde una empinada loma
 Contéplalos el rey Santo,
 Y ordena que salgan tropas
 A reforzar á los bravos.
 Mas se le acerca el Maestre
 Y dice : — Estad descuidado,
 Que es Garcí Perez de Vargas
 El capitán castellano.

V.

A otro día de la acción
 Se mira en tienda elevada,
 Junto de un lazo una espada
 Que adorna el regio pendon.
 Y como preclara ley
 Dice en un claro letrado :
 — El valor de un caballero
 Así ha de premiar el rey.
 Desde entonces esculpido
 Se ve en escudos y adargas :
 — Así recobra el de Vargas
 Lo que pierde por descuido.

VI.

Ahora si alguno le importa
 Saber cuál fuera la estrella
 De aquella mora tan bella,
 Diréla, pues es muy corta.
 Casó con el capitán,
 Y en su amoroso deseo,
 Vivieron como yo creo
 Que viven dama y galán.
 Que dejaron fiel memoria
 De lo bizarros que fueron :
 Y puesto que ellos murieron,
 Aquí paz y despues gloria.

Granada 3 de marzo de 1857.

ANTONIO AFAN DE RIBERA.

Boletín científico.

CAUSAS DE LA CRISIS MONETARIA EN AMÉRICA : — Cuando tanto ha llamado la atención pública en todo el mundo la desastrosa crisis monetaria que de algunas semanas acá viene afligiendo á los Estados Unidos y que ha ejercido una influencia tan grande en los negocios europeos, creemos que nuestros suscritores leerán con particular interés los siguientes pormenores y justas apreciaciones sobre el origen de esta especie de cataclismo financiero que tan bien describe el corresponsal norteamericano del *Star*, periódico de Londres, bajo el epígrafe señalado arriba.

«Apenas hace dos meses que todo el país parecía encontrarse en el mas alto grado de prosperidad. Las cosechas se presentaban abundantísimas; todos los ramos de la industria se ocupaban en un trabajo activo; la fabricación, la agricultura, el comercio, todo parecía lleno de vida y esperanza. Las cosas ofrecen en la actualidad un aspecto bien diferente; por do quiera se observa una completa paralización, en todas partes reina la desconfianza y casi pudiéramos decir la desesperación. Como se ha verificado este cambio en un pueblo cuya riqueza de producción es tan inmensa, es una maravilla y un misterio para los mas, para todos aquellos cuya vista no penetra en las ocultas pero eficientes causas que producen tan funestos efectos. Ha bas-

tado una sola chispa para producir el incendio en la gran masa de combustible que había hacinado, y la conflagración espárcese el terror y el desaliento de un extremo á otro de la nación.

Hace algunas semanas que se declaró en quiebra una corporación llamada Sociedad del Ohio de depósitos y seguros sobre la vida, con un capital de dos millones de pesos, la cual tenía establecida una agencia de negocios en Nueva York. Este acontecimiento, origen del conflicto que lamentamos, fué causa de que se declarasen en quiebra varios corredores y agentes de cambio relacionados con ella, que á su vez hicieron desconfiar de otros que se ocupaban en transacciones bursátiles; unos tras otros fueron suspendiendo sus pagos, y esto difundiendo la alarma en términos que en poco tiempo se vieron envueltos en una calamidad general comerciantes, banqueros y fabricantes. Una vez suspendidos los pagos en especie por los Bancos, todo el país se ha quedado con un papel-moneda irredimible. Gran número de establecimientos mercantiles y compañías manufactureras han seguido el ejemplo de los Bancos, y estas quiebras ó suspensiones de pagos, como se las llama con frecuencia mas propiamente, no se han limitado á los que se han entregado á ociosos y extravagantes especulaciones, sino que han alcanzado á un número no pequeño de ricos comerciantes del país, algunos de los cuales presentan un activo de un millón de pesos en bienes realizables sobre sus deudas.

La explosión parece como si quisiera ser ahora tan general y aterradora en sus efectos como la gran catástrofe de 1837. En Inglaterra, á pesar de vuestra consumada experiencia, conocéis tambien estas paralizaciones periódicas, pues lo mismo que nosotros teneis una gran masa de papel flotante. Pero nosotros, como en todas las demás cosas traspasamos de mucho los límites de la prudencia en negocios de dinero. Nuestro sistema de circulación no cuenta con ninguna ley restrictiva ni previsorá. Tenemos en los Estados Unidos 1,500 Bancos, cuyos capitales varian desde 50,000 á 3,000,000 de pesos esparcidos por todo el país, pero que son particularmente numerosos en los Estados centrales y en Nueva Inglaterra. Todos estos establecimientos pueden emitir su papel como dinero, y estos billetes son admitidos en la circulación. Los Bancos compiten unos con otros para que la suya supere la de los demás, pues cuanto mayor es la circulación, mas grandes son los beneficios. Como los billetes no cuestan nada y producen un buen interés en los préstamos una vez emitidos, por eso cada Banco se esfuerza en crear todo el papel-moneda posible. Excepto en uno ó dos Estados, los Bancos no conocen ninguna restriccion que regule la proporción que ha de guardar su numerario con su circulación, de manera que pueden emitir dos, diez ó cien pesos por cada uno que el Banco cuenta en especie. Muchos de estos establecimientos emiten billetes por un valor de treinta ó cuarenta veces mayor que el numerario que poseen. Como una prueba de esto diré que la circulación de Massachussets, considerada como la mejor entre todos los Estados, presentaba en el último estado anual una circulación de 26 millones para 4 y 1/2 en especie, mientras que al mismo tiempo estos Bancos debían unos 24 millones de «depósitos,» es decir, que en total contaban con casi 50 millones de inmediatas obligaciones contra 4 y 1/2 de inmediatos recursos. — ¿Qué sucede pues en el momento que un pánico viene á sorprender una circulación de esta naturaleza? Que estos Bancos suspenden de una vez todos sus préstamos y retiran sus billetes lo mas pronto posible. Hé aquí lo que ha venido sucediendo desde hace seis semanas.

En Massachussets hay 172 establecimientos de esta clase para una población de 1.100,000 almas, ó sea un Banco para cada 6,500 habitantes. De aquellos 196 existen en la campiña, es decir, fuera de Boston, la gran ciudad comercial. Estos Bancos rurales, segun los datos mas recientes, tenían 15,750,000 pesos de billetes en circulación, y solamente un millón en especie, ó sea un poco mas de 6 por ciento, y sin embargo estos establecimientos constituyen la base de los negocios de la población. Por eso no debe extrañar á nadie el que haya ocurrido una crisis tan terrible bajo un sistema de Bancos semejante. Pero es necesario manifestar, por extraño que esto parezca, que la mayor parte de la población considera la actual crisis financiera como un fenómeno extraordinario. La razon de esto está en el gran capricho que tiene el pueblo por el papel-moneda. Y tan completamente ha excluido esta clase de moneda en la especie, que la gente, prácticamente, no conoce otra. Estos Bancos emiten billetes desde la cantidad de un peso en adelante, la gente ve rara vez oro ó plata, y de esta última solo la necesaria para los pequeños cambios. La ilusión es universal y completa. Los Bancos son tan numerosos y se han apoderado hasta tal extremo de los negocios monetarios del país, que el pueblo los considera como el único elemento de prosperidad.

Pero no bien ocurre algun pedido extraordinario de numerario para la exportación, ó que la falta de confianza dé lugar á un pánico, todos los negocios del país sienten en seguida el choque. Por ejemplo, si un Banco que tiene en circulación billetes por un valor diez veces mayor que el que posee en especie, ha de efectuar un pago de 5,000 pesos en dinero, tiene que recoger diez veces esta suma en billetes, esto es, 50,000 pesos. Hé aquí explicados los terribles efectos de la presente crisis. La circulación desaparece rápidamente, y los que confiando en ella han emprendido algun negocio, se encuentran en los mayores apuros. Esta triste experiencia, como el pueblo inglés sabe muy bien, la tocamos en 1837, y del mismo género es la amarga lección que estamos recibiendo ahora.

Sin embargo, bajo muchos respectos, hay una gran diferencia entre la crisis actual y la de entonces. En primer lugar, cuando ocurrió aquella paralización, los comerciantes estaban muy empeñados con el gobierno por el pago

de derechos. Ahora todos los derechos habiendo sido pagados en especie, el gobierno tenía á mano una suma considerable (20 millones de pesos), al principio de esta paralización, que está gastando en el servicio público, ayudando de esta manera á los Bancos. En segundo lugar, en 1837, el cambio sobre Inglaterra era elevado, y continuamente estábamos embarcando numerario. Ahora el cambio está muy bajo y el numerario se encamina á este país.

En tercer lugar, se había generalizado de tal manera la especulación, que las operaciones del país habían sufrido un trastorno con la emisión cuantiosa de papel-moneda; además, se había descuidado en tanto extremo la agricultura, que estábamos obligados á importar grandes cantidades de trigo del mar Negro. Ahora al contrario, el país está tan sobrado de provisiones que enviamos ya considerables cargamentos de artículos á Europa. Esto aliviará en gran manera la actual penuria; y la catástrofe de 1857, aunque general y aterradora, ni será tan duradera, ni nos dejará tan exhaustos como la de veinte años atrás.

Entre las clases pensadoras parece ganar terreno de día en día la idea de que nuestro sistema actual de papel-moneda ha llevado un golpe mortal, y que no volverá á recobrar su antigua supremacía á no sufrir una gran reforma ó abolirse enteramente. »

— ARQUEOLOGIA : — De una carta que publica *La Abeja Médica de Atenas*, referente al hallazgo de la tumba de Hipócrates, extractamos los párrafos siguientes :

« En 1820, despues de una inundación, algunos aldeanos descubrieron á 10 minutos de Larisa, al E. del camino que conduce de dicha ciudad á Tyrnave, y cerca de las aldeas de Guianoule y Kiosque, una tumba ó sarcófago. Sabido lo cual por Ternas Andreades y Juan Oeconomides, sabios larisenses, se apresuraron á hacer investigaciones, y cavando un poco descubrieron sobre la tumba una losa de piedra que contenía grabadas de una manera clara y legible las letras *ippokrat* y algunas otras.

No atreviéndose, con motivo de los disturbios de aquella época y de la cruel persecucion contra los cristianos, á proseguir la tarea comenzada, dichos señores manifestaron su descubrimiento á Nedjib-Bajá, otomano poderoso que protegía á los cristianos. Persuadido este de que el hallazgo era interesante, envió á sus criados al sitio indicado, ordenándoles que trasladasen á su casa la piedra que contenía la inscripción y cuanto pudieran encontrar en el sarcófago.

Levantada la lápida cuenta Ternas Andreades, que presencié el acto, se hallaron en el sarcófago diversas monedas antiguas y una cadenita de oro en forma de serpiente, cuyos objetos fueron inmediatamente sustraídos. La lápida se condujo á casa del bey, quien murió al poco tiempo, por lo cual quedó del todo ignorado el paradero de aquella y el contenido de la inscripción.

Conociendo estos pormenores, revolví, autorizado por la mujer del bey, su palacio con objeto de encontrar la preciosa lápida, y á fuerza de constancia conseguí hallarla intacta en las salas del baño. Leí en ella la siguiente inscripción, que copié en letras comunes, no siéndome posible imitar los caracteres grabados, cuya forma india se remota antigüedad. Contiene cinco renglones, como abajo señalo; las letras que copio se leían fácil y distintamente. En cuanto á los espacios marcados con puntos, indudablemente contendrían caracteres que ha borrado el roce y el tiempo, ó al menos su lectura ofrece grandes dificultades para quien, como yo, no se ha ocupado en esta clase de estudios.

La inscripción está así concebida :

. . . Yppokrat. . . kó. . . aglaoph. . .
 sóma.
 polei. me. telesp.
 agathé. are. encka.
 chréste. kaire.

Despues de copiada esta inscripción, busqué el sarcófago que hallé intacto en el lugar indicado cubierto con un poco de tierra.

He juzgado oportuno dar á conocer estos hechos, pues deseo vivamente que se hagan lo mas pronto posible trabajos científicos exactos á fin de averiguar la verdad; pero principalmente anhelo la comprobación y demostración incontestable de cuantos datos puedan cooperar á esclarecerla. »

— NUEVO ORO FALSO : — Segun algunos periódicos científicos, se ha descubierto una nueva aleación que imita perfectamente al oro en todas sus propiedades de maleabilidad, brillo ó inoxidación. Esta aleación llamada en Paris *oreide*, ha sido inventada por los señores E. Monrier y J. Vallent, y se compone de 100 partes de cobre puro, 17 de zinc, 6 de magnesia, 360 de sal amoniacal, 180 de cal viva y 9 de tártaro de comercio.

Fundido el cobre en el crisol y en un horno conveniente, la magnesia y sal amoniacal, la cal y el tártaro se van añadiendo en polvos, poco á poco y separadamente. Todas esas materias se mueven en el crisol por espacio de unos treinta minutos hasta que se mezclan y unen bien. Entonces se les echa el zinc dividido en granalla fina por toda la superficie del baño metálico, en seguida se mueve con cuidado hasta la completa fusión del metal añadido; se cubre el crisol y se deja que la fusión continúe unos 36 minutos, al cabo de los cuales se destapa, se limpia ó espuma un poco la superficie y se echa el líquido en un molde de arena ó metal humedecido. Este producto, el *oreide*, se funde á una temperatura conveniente. Se emplea para objetos de adorno y utilidad. Es, como hemos dicho, dúctil, maleable, de un grano muy fino y susceptible de un pulimento admirable. Aunque al cabo de cierto tiempo se empaña ligeramente por efecto de la oxidación, fácilmente recobra su brillo limpiéndolo con un poco de agua acidulada. Si en lugar de zinc se emplea estaño en la mezcla, el brillo de la aleación es aun mayor.

Exposicion de bellas artes en Bruselas.

Lo mismo que ha sucedido en Paris en la última Exposicion sucede en este momento en Bruselas.

Los maestros mas eminentes de la escuela belga, aquellos que viven colmados de los favores del Estado y de los elogios del público, se han abstenido de presentar sus obras. Ninguna obra de un mérito notable llama la atención de la muchedumbre, y si el número de los pintores ha crecido en proporciones considerables, si la parte práctica del arte se ha perfeccionado, sería difícil señalar un progreso real en la marcha general de la escuela ó alguna conquista de importancia en el dominio del arte serio. Por eso la crítica, con pocas excepciones, se ha mostrado severa para la exposicion de este año.

Cuéntanse en ella unas 1,300 obras de artistas belgas y extranjeros. Estos últimos figuran en cortísimo número, y los franceses están al frente de ellos. Los señores Troyon, Meissonnier, Courbet, Jacque y otros han enviado cuadros que excitan la admiracion y pican la curiosidad de los inteligentes. La escuela de Dusseldorf representada por una coleccion de pinturas de un aspecto un poco monótono, de un color bastante frío, pero dotadas de cierta sencillez, obtienen bastante boga. Algunos artistas holandeses y un paisajista ruso completan la lista de los extranjeros mucho menos numerosos que en las Exposiciones precedentes.

No tenemos intencion de publicar en nuestro periódico una revista completa de esa Exposicion; lo único que nos proponemos es dar á conocer, mediante el grabado, algunos de los lienzos principales que hay en ella. M. Alejandro Thomás, un pintor de los mas célebres de Bélgica, ha elegido este asunto: « Barrabás anda errante al pié del Calvario á la otra mañana del suplicio del Salvador.» El criminal libertado por Pilatos se ha refugiado en una caverna con su mujer y su hijo; sale con la aurora y sus ojos se en-



Exposicion de Bruselas. — El martirio de san Sebastian, cuadro por M. J. Pecher.

cuentran con el cuerpo de Jesus que los discípulos se disponen á dar sepultura. Las emociones de este bandido no son muy propias para producir impresion en la muchedumbre. ¿Qué sentimiento humano se va á despertar ante el cadáver sagrado en el alma de ese ladron insigne, como le llama san Mateo? Ningun sentimiento digno.

Es cierto tambien que Barrabás no es el héroe del drama, sino san Juan que al descubrir á la vista del criminal el cuerpo del Redentor, « inaugura el apostolado de la Caridad, » como dice el catálogo. Por la claridad de esta explicacion que da el artista, se puede adivinar la del cuadro.

Nada grande contiene esta composicion de M. Thomás, que solo se distingue por el efecto armonioso del conjunto; y con mucho sentimiento los críticos belgas han debido hacer constar este tropiezo de un artista que en la última Exposicion se habia conquistado lauros merecidos.

La página de mayores dimensiones que figura en las galerías es el *Martirio de san Sebastian*, por M. Julio Pecher. Este, al contrario de M. Thomás que solo encuentra indiferentes ó amigos entusiastas, ha sido objeto de vivos ataques que en su mayor parte habria evitado no habiendo expuesto una obra sin concluir. En esta obra se notan bellezas de primer orden, un sentimiento indisputable del colorido, mucha franqueza en el manejo del pincel, y lo que vale mas aun, el instinto de la grande pintura; pero su composicion carece de aire y de espacio, se diria que ha trabajado en un estudio estrecho donde no ha podido apreciar los efectos debidamente. Además hay un grupo que apenas está bosquejado; y esto es lo que ha llamado sobremanera la atención de sus enemigos.

No obstante, la obra debe considerarse buena bajo muchos conceptos; quizá M. Pecher se ha mostrado demasiado atrevido; pero en suma no es crimen bien grande cuando el flaco de todos los artistas está precisamente en no atreverse á nada.



Barrabás errando al pié del Calvario al otro día del suplicio del Salvador, cuadro por M. Alejandro Thomás.